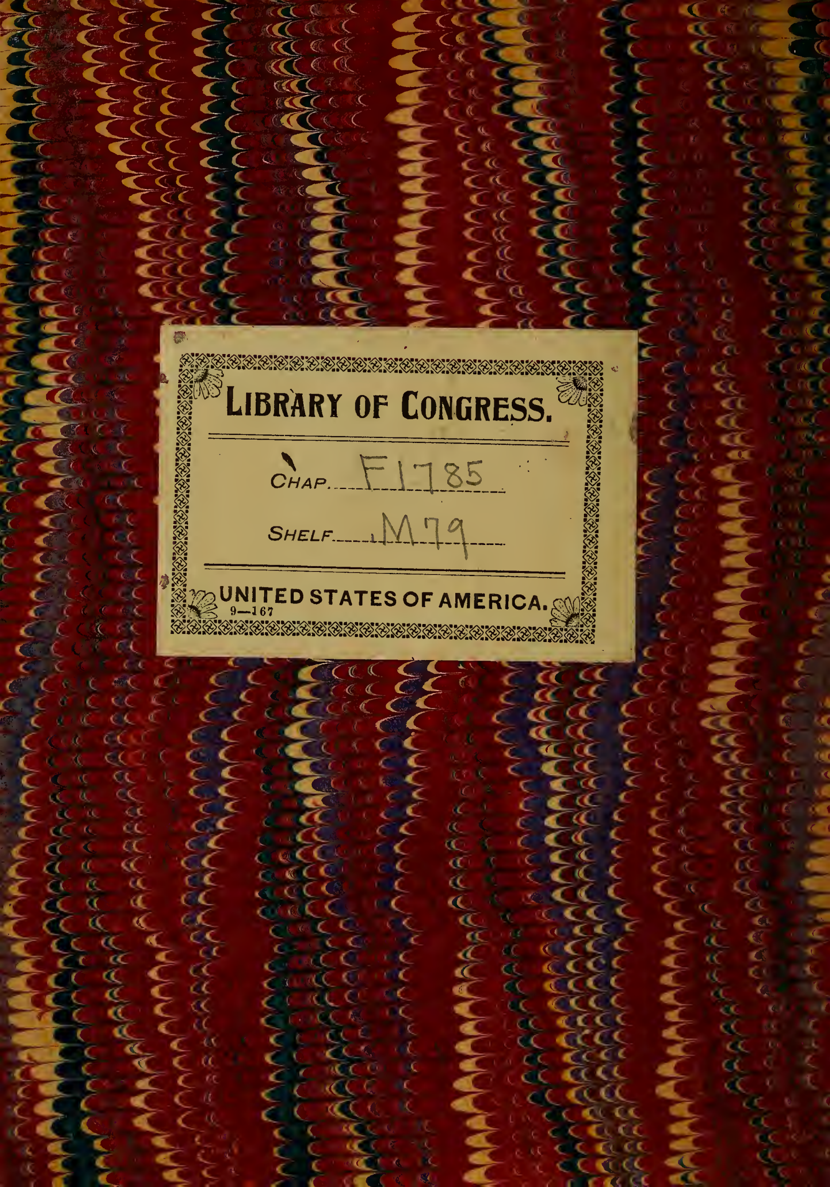



LIBRARY OF CONGRESS.
CHAP. F1785
SHELF. .M79
UNITED STATES OF AMERICA.
9—167



BIBLIOTECA DE "PATRIA"

IGNACIO MORA

POR

GONZALO DE QUESADA

Imprenta "América"

S. FIGUEROA, EDITOR

284-286 PEARL, NEW YORK

1894

IGNACIO MORA

BIBLIOTECA DE "PATRIA"

IGNACIO MORA

POR

GONZALO DE QUESADA



Imprenta "América"

S. FIGUEROA, EDITOR

298 BROADWAY, NEW YORK

1894

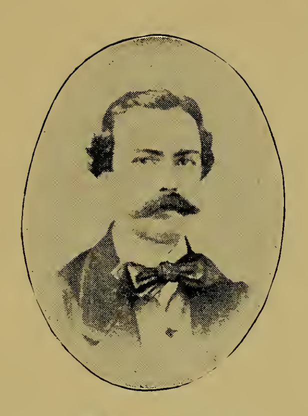
A su Compañera

Ana Betancourt

"Y por qué no han de disfrutar otros de nuestros trabajos? Si nos tocó la esclavitud, si nos toca purgar las penas, los sufrimientos de otros, que los que nos sucedan gocen de la libertad que les leguemos, y tengan un recuerdo para los que *pagaron el agraz* que tomaron de sus antecesores. Purguemos las penas que hicieron sufrir á otros hombres: que la sangre derramada borre los horrores de la cuarta y el martirio del cerebro que dimos á los negros en los ingenios. Sí, debemos sufrir; debemos ser víctimas para poder apreciar lo que fuímos y lo que debemos ser."

IGNACIO MORA.

(*Carta á su esposa.*—Arroyo, 1º de agosto de 1873.)



IGNACIO MORA

I

No solo es de justicia sacar del olvido en que yacen á muchos hombres que contribuyeron de un modo ú otro á nuestra dignificación, sino que hoy, cuando en los cubanos desconocedores de su país hay el temor sincero de que sus compatricios no se basten para la creación del pueblo libre, es de importancia primera dar prueba viva de los caracteres fuertes y numerosos por donde se ha revelado la capacidad de Cuba, para adquirir en la prueba cruenta las virtudes necesarias á la administración de la libertad conseguida por el heroismo.

De estos caractéres fué buen ejemplo Ignacio Mora, propagandista entusiasta entre la juventud del Tínima que secundó á la valerosa Bayamo en la hora

crítica del levantamiento; adversario enérgico y lleno de elocuencia — solo en las Clavellinas, y con Agramonte y otros de su talla en las Minas — de los proyectos cobardes é intenciones traicioneras de Napoleón Arango; diplomático sagaz que contribuyó, más que nadie, á destruir en momentos trascendentales los celos de comarca que con tanto interés había fomentado, y quisiera fomentar siempre para nuestra derrota, el español astuto; político inteligente y hábil que desempeñó puestos de importancia en la república; hombre intachable en el hogar, que cuando el asesinato de sus hermanas puso en frases cáusticas y de gran corazón la sentencia de la posteridad para sus verdugos; escritor que levantaba el ánimo de sus compañeros con artículos briosos, en el periódico que fundó en Guáimaro, *El Mambí;* cubano que no manchó el honor suyo y de su patria por salvarse de la muerte: ¡ el mártir del Chorrillo !



Ignacio Mora y Pera nació en el Camagüey, el 26 de enero de 1829. De su padre, el distinguido abogado don Vicente Mora, heredó aquel gusto literario y afición al estudio que le hicieron descollar entre los jóvenes de su época como escritor elegante é ilus-

trado; de su madre, doña Micaela Pera, le venía la belleza varonil y franca y, sobre todo, la decisión y tenacidad que conservaron resplandecientes, en medio de las flojezas, de las apostasías y de las tentaciones, los apellidos ilustres de su noble cuna. En su ciudad natal pasó la infancia é hizo sus primeros estudios, á la vez que robustecía su cuerpo en las sabanas, y aprendía á domeñar la magestuosa naturaleza de la tierra virgen. Su estadía en la Habana, y más tarde en Barcelona, Francia y los Estados Unidos, donde se preparó para el estudio de la medicina, acentuaron más bien que debilitaron su apego por Cuba, de cuya tierra se enorgullecía en llamarse hijo. Sus viajes por Europa en el 48, cuando la democracia estallaba en movimientos populares de fines antiautoritarios, y su permanencia en New York, donde vió al hombre ejercer los derechos que le pertenecían, y pudo estudiar cómo se acatan las leyes hechas por el pueblo para el bienestar del pueblo, enardecieron sus deseos de libertad para su país, donde no había más leyes que la voluntad tiránica del representante de una metrópoli lejana y retrógrada, y donde el pueblo, sin más miras que el aumento de la producción, sin ideal ni conocimiento pleno de sus deberes y derechos,

era, blanco y negro, esclavo del gobierno que lo explotaba, lo vejaba, lo despreciaba.

Admiró las instituciones recomendables y ejemplares de la república norte-americana, pero no se apercibió del espíritu de conquista y codicia que muy pronto, desbordándose por el Bravo y el Río Grande, consumaría la hecatombe de los imberbes cadetes en el magnífico y sublime Chapultepec; contempló la luz nueva y radiante, y deslumbrado no distinguió las manchas en el sol, que eran tan tenebrosas, tan culpables, tan criminales como las de su tierra: ¡ quizás más ! ¡ Los Estados Unidos se llamaban libres, y sin embargo, sobre millones de séres humanos, al medio siglo de la independencia, imperaba el látigo inícuo !

La simpatía natural por la república mayor se robusteció con la amistad estrecha del maestro camagüeyano, Gaspar Betancourt Cisneros, expatriado del pueblo natal que había enriquecido con un ferrocarril, y rebelde irreductible que, ansioso de la emancipación de Cuba, en los primeros tiempos (*) creyó

(*) Ya en 1854, *El Lugareño*, en el aniversario de la muerte de López, con la experiencia de seis años, se expresaba así:

" La independencia nacional de Cuba es el primer artículo de

alcanzarla con la ayuda de los enemigos de sus ideas abolicionistas, de los elementos del Sur, interesados en conservar la esclavitud y su preponderancia en los consejos nacionales, á toda costa, por el abuso electoral ó por el derramamiento de sangre. Querían aquellos cubanos la libertad del Norte, limpia del pecado; empero los que estaban en pecado, los del Sur, eran los únicos dispuestos á coadyuvar á la separación de Cuba de España.

---

nuestro programa revolucionario. Por aquí vendrán ustedes en conocimiento de cuán lejos estaba de la mente de Narciso López y de los caudillos de la revolución la idea de anexar á Cuba á los Estados Unidos por medios indignos, humillantes y derogatorios de la dignidad del pueblo cubano. Por aquí comprenderán ustedes cuánto debe ser el dolor y cuán justa la indignación de todo cubano sensible y pundonoroso, al ver que sea precisamente el Gobierno de los Estados Unidos . . . quien trate de adquirir la posesión de Cuba por medio de una compra, cual si tratase de una hacienda de ruín ganado para mejorar la cría. España, señores, es una madre injusta, y los azotes, y los ultrajes, y las vejaciones de una madre, jamás infamaron á sus inocentes hijos. El gobierno español en Cuba es el ladrón que roba y que despoja á Cuba de todo cuanto tiene; pero el gobierno de los Estados Unidos es el raptor que la viola y deshonra. Yo, á nombre de Narciso López, á nombre del pueblo cubano, en el seno de esta asamblea, y á presencia de Dios, quiero dejar consignada nuestra solemne protesta contra el raptor y el violador de Cuba."

Cuatro lustros, y la demostración evidente de que Cuba nada tenía que esperar de los Estados Unidos, fueron necesarios para modificar en Mora, como en toda aquella generación camagüeyana, la tendencia anexionista, y convencerles de que sólo por el esfuerzo propío se ha de emancipar el pueblo cubano.

Muy pronto dió pruebas de patriotismo práctico el joven viril; en la expedición del *Cleopatra* se alistó, nombrándole Narciso López su secretario. Si no hubiese sido por el fracaso de esta intentona y por el viaje, en aquellos días, á París, donde el padre se encontraba gravemente enfermo, Mora hubiera perecido á la edad de veinte años en la posterior y malograda invasión de López. Moría en sus brazos el padre cuando supo la nueva, también terrible, de que López había sido agarrotado; de que el Camagüey, impasible, permitía el fusilamiento de Joaquín de de Agüero.

Con el desencanto de las ilusiones fallidas ¿se olvidaría ahora de sus deberes? ¿Se desalentaría el patriota, ahora que era heredero? Su vida es la contestación más bella.



IGNACIO MORA



ANA BETANCOURT

II

El Camagüey desde principios del siglo se distinguió por la energía y aspiraciones liberales de sus hijos. Allí el hombre, acostumbrado á la vida natural, á vencer las dificultades del campo, adquirió en la labor ruda, en el ejercicio al aire libre, fuerza y equilibrio para el cuerpo robusto, seguridad y decisión para el brazo pujante; allí la juventud, de regreso del extranjero donde se había educado, sembró las semillas del progreso y de la rebeldía; el criollo, señor y soberano en el potrero y en la hacienda, aspiró á ser señor y soberano en la ciudad, intentó implantar mejoras materiales, ya que las políticas eran imposibles, y constituyendo la comarca una sola familia patriarcal, formada por el enlace contínuo, y casi exclusivo, de las ramas oriundas de los pocos fundadores de Santa María de Puerto Príncipe, el Camagüey se hizo respetar por los gobernantes, más quizás que ninguna otra región, por esta comunidad de sangre que proporcionaba á sus habitantes el arma poderosa para la resistencia, el requisito indispensable para el triunfo: la unión.

Para apoderarse los realistas del Cuerpo Capitular fué preciso el atropello, á la sombra de bayonetas veteranas pedidas con toda reserva al Jefe Superior Político de la Isla, quien no tardó en enviar todo un batallón para contener á los elementos liberales, en gran mayoría en la Diputación, en la milicia y en el Ayuntamiento, que estaban á punto de sublevarse contra tamañas injusticias. El Camagüey siguió protestando ; hasta se supuso la existencia en la ciudad de una « Liga Independiente », *La Cadena de Bolívar ;* y en la de *Los Soles*, descubierta en la Habana en 1823, figuraban muchos distinguidos camagüeyanos, entre aquellos primeros conspiradores que, con la ayuda de nuestra América latina hubieran terminado la obra continental, arrojando al gobierno español de su último baluarte y creando en una nueva República la garantía del equilibrio de las dos razas que se comparten el imperio del nuevo mundo ; ¡ Cuba sería hoy libre, por la generosidad y la nobleza de nuestros hermanos, á no ser por la intervención egoista y funesta de los Estados Unidos ! El Camagüey, que se agitaba silenciosamente, que esperaba á los patriotas vencedores de Colombia para marchar juntos á dar la última batalla, nunca pudo recibir

fraternalmente aquellas huestes gloriosas; nunca cabalgó, gallardo é irresistible, por nuestras sabanas hospitalarias y agradecidas el indómito Paez! Dos camagüeyanos, sí, fueron los que á principios de 1826, como emisarios del Libertador, desembarcaron en el Centro. La suerte no les fué propicia: fueron denunciados por dos esclavas, capturados, juzgados por la Audiencia, y convictos y confesos, condenados á la última pena. En el centro de la Plaza Mayor, ante la multitud consternada, recibieron la muerte serena, muerte que no habrá sido en vano, los primeros mártires en el Camagüey de la libertad patria: Francisco Agüero y Andrés Bernabé Sanchez.

El espectáculo aterrorizó los espíritus. Sucedió un período de veinte años de aparente calma, durante los cuales el gobierno se precavía para el porvenir, y ordenaba, como medida preventiva de gran eficacia, á los padres cubanos en 1828: «ser su real voluntad que sin demora retirasen al seno de su familia y enviasen á la Metrópoli á los jóvenes que estuviesen educándose en los Estados Unidos de América,» resolución absurda que quedó incumplida, á pesar de exigir los nombres de los estudiantes y de insistir por Real Cédula del año siguiente, y por la de 1832,

en la que se prohibía en especial que pasasen á Francia; pero de vez en cuando estallaba la cólera pública, ora frente á Tacón, déspota y arbitrario, oponiéndose á que continuara la Comisión Militar Permanente que usurpaba las atribuciones de la Audiencia, ora resonando con los acentos fogosos del jóven paladín Pedro Agüero y Sanchez, contra los dueños bárbaros que castigaban, sin misericordia y sin remordimiento, al esclavo inerme, sufrido é infeliz. Los colegios rudimentarios de antes, donde ese mismo negro despreciado enseñaba al blanco, se trocaron en planteles meritorios que comenzaron la labor de diseminar los conocimientos y de preparar una generación nueva; y sustentaba toda aquella fábrica invisible aún, é inspiraba á la juventud amor á la reivindicación y á la dignidad, el maestro y filántropo, Gaspar Betancourt Cisneros, nunca con más autoridad, nunca con más brío, nunca con más fé que desde las columnas de *La Verdad*, en el destierro honroso á donde lo había llevado su carácter puro, y en que permaneció enhiesto, en la altivez é intransigencia de sus ideas, ante la amenaza de reducirle por el hambre, confiscándole todos los bienes.

Infundían tanta zozobra al gobierno los frutos de

la predicación del *Lugareño*, que en 1849 enviaba un refuerzo de mil hombres á la jurisdicción, creyendo que los camagüeyanos apoyarían cualquier intentona que hiciese Narciso López en el Centro. Concha, con su astucia, lo decía más tarde en sus comunicaciones al gobierno en 1851, explicando la supresión de la Audiencia y otras medidas animosas y deprimentes: « Hay un pueblo en la Isla tan avanzado en el camino de la rebelión, que requería de parte del gobierno una conducta firme. Hablo de Puerto Príncipe . . . . Considerando imposible, á lo menos por algún tiempo, conseguir con beneficios, no un cambio de opinión, que tampoco me prometo de cierta clase de la población en otros puntos, pero ni disminuir su hostilidad contra el gobierno, parecía claro que la política allí, no sólo conveniente sino necesaria, era comprimir la revolución con la fuerza; y para mejor lograrlo, *rebajar todo lo posible* la consideración y la importancia de un pueblo rebelde.»

En efecto, inspirada por *El Lugareño*, se constituyó por Serapio Recio, el doctor Provenza, Pedro Agüero, el notable jurisconsulto Manuel Arango y otros, una junta revolucionaria para acumular recursos y ponerse en comunicación con el resto de la

isla; el 8 de junio de 1851, fueron presos los principales y conducidos á la Habana, quedando así cortadas las operaciones de aquella corporación, pero no



JOAQUIN DE AGÜERO Y AGÜERO

extinguido el espíritu que los animaba. Un jóven, de apellido ilustre, Joaquín de Agüero, con fervientes discursos invitó á sus paisanos al sacrificio, en el

altar del honor. Tenía treinticinco años: era abogado, era filántropo; á Guantánamo lo dotó de una escuela gratuita; á sus esclavos los había emancipado: ahora se arrancaría, y con él sus hermanos, el estigma que les marcaba la frente.

El 4 de julio de 1851, septuagésimo quinto aniversario de la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos, fué el día en que se inició una lucha que nacía pura porque los comprometidos habían jurado dar la libertad á sus siervos. Cincuenta patriotas se reunieron en la Loma de San Carlos, Partido de Cascorro; en San Francisco del Jucaral dieron el grito glorioso. Marcharon á Las Tunas de Bayamo, que debían atacar por cuatro puntos diferentes. Esa noche misma pudo Agüero sorprender al enemigo en su sueño, pero el jefe magnánimo deseaba vencer en buena lid y no se prestó á la carnicería cobarde. La contestación á un « ¿ quién vive ? » originó un choque entre dos grupos de patriotas, causándoles estragos; cundió la alarma entre los españoles, y los cubanos fueron perseguidos y dispersados. Sin desmayar por el prematuro descalabro, con Agüero indomable á la cabeza volvieron á congregarse, batiéndose contra el Mayor comandante del Regimiento Isabel II, don Joa-

quín Gil. El bizarro Perdomo Batista y el soldado de color Francisco Pérez quedaron muertos en el campo; el valiente Augusto Arango, á quien se creyó también perdido, se salvó milagrosamente, á pesar de sus muchas y graves heridas. Agüero y sus amigos se dirigieron á la hacienda de « San Carlos. » Un Judas cubano, de una familia de reconocido patriotismo, Primelles, después de ofrecerles albergue y modo de evadirse al extranjero, los denunció al español. El enemigo les sorprendió en la fuga; los encarcelaron en el Cuartel de Caballería.

El 6 de agosto las camagüeyanas, con la efigie de la Reina como intercesora, imploraron al general Lemery que tuviese piedad de los prisioneros. El general les contestó con hidalguía hispana: « Me arrancaré el último pelo del bigote antes que perdonar á uno solo de esos desalmados.» El consejo de guerra condenó á Joaquín Agüero y Agüero, José Tomás Betancourt, Fernando de Zayas y Miguel Benavides á ser fusilados; á Miguel Castellanos y á Adolfo Pierra á diez años de presidio. El 12, día en que saltaba á tierra en Playuelas, cerca de Bahía Honda, Narciso López, á las seis de la mañana morían con resignación los cuatro héroes camagüeyanos. Joaquín

de Agüero exclamó la víspera, entristecido pero entero: « ¿ Y ese pueblo qué hace ? »

No hizo nada, no los apoyó, no los rescató. Un prohombre influyente y pusilánime se negó á armar la abundante dotación de su ingenio, alegando que se volverían contra los que les quitaban las cadenas; los otros caudillos, inexpertos ó atemorizados, no se atrevieron á encarar la situación: el rico con su rifle, al lado del quitrín lujoso en el amplio zaguán, y el pobre con su machete afilado, en los colgadizos humildes, aguardaron hasta el amanecer la orden ansiada, la orden de pelear, que nunca vino.

Los héroes murieron entre lágrimas; no envueltos en el himno de la acometida épica. El Camagüey grabó aquella fecha lúgubre en su corazón.

. . . .

Las mujeres, en señal de duelo, se cortaron la cabellera.



III

A este Camagüey que hemos bosquejado ligeramente retornó Mora: dejó la capital, alegre y atractiva, del Sena; se arrancó para siempre del cementerio *Père-la-Chaise*, donde en magnífica bóveda descansaban los restos del padre; ¡ cubrían las sombras de la noche la ciudad marmorea donde reposan tranquilos los hombres, despojados de sus odios, de sus vanidades y de su soberbia, cuando el jóven, la cabeza descubierta y los ojos húmedos, besaba reverente la tierra extraña, depositaria de lo más caro de su corazón, y se alejaba de aquel recinto donde nunca más evocaría la memoria santa!

Encontró su pueblo abatido, sin guía, desorientado después del lamentable desastre; otro se hubiera dejado invadir por la marejada de desaliento que arrastraba hasta á los más creyentes. Pero Mora sabía que la semilla de la libertad, aunque tarde en germinar por no ser el terreno propicio para su desarrollo rápido, nunca se pierde; que, abonada con el desinterés y el sacrificio oportuno, brotará algún día, y dará

frutos lozanos, en la montaña rebelde, en el llano laborioso, en las ciudades redimidas del vicio. Conservó Mora sus comunicaciones amistosas con *El Lugareño*, quien desde New Orleans, como miembro



GASPAR BETANCOURT CISNEROS
(EL LUGAREÑO)

de la Junta Revolucionaria, no cesaba de fulminar rayos contra la tiranía; y, discípulo fiel y amante del esclarecido varón, fué uno de sus mejores aliados en

la propaganda que no debía cesar hasta que el Camagüey resolviera dignificarse.

En los salones donde encantaba, por su conversación rebosante de gracia y aticismo, en la Sociedad Filarmónica, uno de los centros de cultura que más contribuyeron al auge de Puerto Príncipe, donde se congregaba la juventud granada, dispuesta á rechazar las insolencias y los denuestos de los militares; donde quiera que iba Mora, directa ó indirectamente contribuía á conservar el antagonismo á la metrópoli, á formar la nueva generación que ayudó á sacudir, hasta sus cimientos, la sociedad cubana. En *El Camagüey*, periódico radical, colaboró con perseverancia, sin que la inquina del «lapiz rojo,» que apenas respetaba en el artículo censurado una que otra idea madre, fuera mordaza suficiente para hacerle callar. El 1.° de marzo de 1867, Francisco Rubalcaba, Eduardo Agramonte y Piña, Cristóbal Mendoza, Antenor Lezcano, Francisco Socarrás, Miguel de Quesada é Ignacio Mora dieron á luz *El Oriente*, (*)

(*) Este dato, como los del capítulo anterior, se los debo al interesante libro de Juan Torres Lasquetti sobre el Camagüey, publicado en 1888.

en que con sus plumas atrevidas, precursoras necesarias de otras armas de mayor eficacia para la consecución de la independencia, erigían un monumento— más propio que bronces y granitos levantados en tierra que aún no nos pertenece,—á la memoria del ilustre Gaspar Betancourt Cisneros, fallecido el 7 de diciembre del año anterior en la Habana, donde residió desde su indulto, y donde en *El Siglo* había continuado, sin abdicar jamás, su obra, abandonada únicamente con su muerte. Aquellos jóvenes le honraban así, y seguían las huellas del patricio llorado por la isla entera, del camagüeyano inolvidable cuyo cadáver fué recibido con guardias de honor en las poblaciones donde arribaba el fúnebre cortejo, del justo cuyos despojos acompañaron hasta su sepultura venerada, con recogimiento, con coronas, con bendiciones, dos pueblos: Nuevitas, á que había dado vida, y el suyo, engrandecido con el puerto. El 15 de diciembre de 1866, día en que llegaron los restos á Puerto Príncipe, «ningún camagüeyano faltó á su puesto: todas las clases sociales, todas las edades, todas las instituciones estaban allí representadas, y las escuelas las primeras, como el predilecto y constante objeto de su nativa solicitud por todo lo bueno. Allí

estaban todos, y con razón: ¿quién no le debía en Puerto Príncipe algún beneficio? Todos tenían alguno en su memoria. Quién había sido enseñado por su oficioso magisterio; quién había aprendido en escuela promovida por él; quién había sido dirigido en su carrera por sus sabios consejos; quién salido á la vida civil por su patrocinio; quién mejorado sus costumbres por sus luminosos escritos; quién avergonzándose de toda incivilidad por su elocuente palabra; quién tomado su parte en los goces de las letras y las artes, por su ferviente iniciativa en todo lo bueno, lo útil, lo honroso, lo patriótico.» (*) La iniciativa muy pronto daría sus resultados. El cuerpo de *El Lugareño* fué enterrado en su solar natal, pero su alma no cesó de comunicarse con los espíritus que había preparado con su virtud; se conspiró con nuevos bríos; creció la fe; el pueblo estaba como despertando; los militares no se atrevían á desdeñar á la juventud criolla; los escritores eran denunciados frecuentemente; los reformistas vencían á pesar de las tramas gubernamentales; y el Camagüey,—avergonzado de haber sufrido en el año de 1864 insulto

---

(*) Artículo de *El Fanal*, por Manuel Monteverde.

como el que le hiciera el atrabilario brigadier Casimiro de la Muela y Chacón, disponiendo bajo pena de multa la orden *gesleriana* de «que todo el que pasase por delante de él se quitase el sombrero,»—sentía la sangre quemándole la mejilla ultrajada, se agitaba inquieto, deseoso de reivindicarse, se disponía á cumplir su deber.

Mora, como todos los liberales, firmó la manifestación remitida en el 65 por los habitantes de Cuba al Duque de la Torre pidiendo reformas políticas; sin-embargo, él no se hizo ilusiones esperando libertades de la metrópoli, ni creyó que se obtendría cosa alguna del viaje de los comisionados á España; siguió, como antes, conspirando. Fué grande el desengaño para los tibios, para los optimistas; para los previsores, la mejor prueba que aducir de la ineficacia de la propaganda pacífica.

La revolución estallaría de un momento á otro; el deber primero estaba en proveerla de todos los medios posibles para que tuviese fuerza desde su impulso inicial. A este fin trabajaban sin descanso en Puerto Príncipe, Salvador Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, Carlos Mola, los Arango, Eduardo Agramonte, Ignacio Mora, los Mendoza y

otros. Las logias masónicas, las hojas impresas clandestinamente, la predicación contínua consolidaban y extendían la obra, y los acercamientos con las otras regiones de la isla le daban al próximo movimiento un carácter general, único con que lograrían los cubanos la victoria.

En 1867 el general de México, Manuel de Quesada, cubano de nacimiento, que había combatido contra el imperio de Maximiliano, trabajaba en los Estados Unidos promoviendo una expedición para invadir la isla. Después del fracaso de los reformistas, Morales Lemus le prometió, en nombre de sus amigos, apoyo para su empresa, pero apesar de los esfuerzos del noble anciano, que supo guardar la palabra empeñada, convirtiéndose en revolucionario cuando vió defraudadas sus esperanzas, trascurrió todo aquel año y los recursos no llegaron. El general, con los pocos fondos á su alcance, envió emisarios á las Repúblicas de Sud América y á varios lugares de Cuba; Bernabé Varona, joven apuesto, de valor á toda prueba, se dirigió al Camagüey, cuna de ambos, donde conspiró cou gran éxito debido á su popularidad; mas el gobierno, avisado de sus planes, le prendió y fué conducido á la Habana á presencia

del General Lersundi, quien al verle adolescente, casi un niño, le puso en libertad, ya porque no daba importancia á la conspiración, ya como medida política, para no exacerbar los ánimos. Quesada, mientras tanto, llegaba á Nuevitas en un barco de vela con el propósito de desembarcar si el Camagüey asi se lo pedía; Napoleón Arango, entonces el jefe elegido del Centro, le envió un comisionado para que se entrevistase con él y le convenciese que la hora no había llegado aún de dar el golpe; después de la conferencia, que se verificó en aquella bahía, Quesada volvió á la Nueva Providencia á esperar que madurasen los planes de las diferentes juntas. La del Camagüey, á principios de 1868, funcionaba activamente; en mayo convenía con la de la Habana, compuesta de lo más notable de la capital, la época en que debía efectuarse el movimiento, fijándole para junio del siguiente año, á fin de que con las zafras se pudiese allegar mayores recursos. El 2 de agosto se reunieron en el *Rompe* los representantes de todos los pueblos orientales y del Camagüey, en sesión presidida por el venerable Francisco Vicente Aguilera, y se acordó el levantamiento para el día 3 de setiembre; Salvador Cisneros Betancourt y Carlos Mola del Camagüey se

opusieron al acuerdo arguyendo que aún no había armas bastantes en ninguna de las comarcas; el 1° de setiembre asistieron Cisneros y Augusto Arango á la reunión convocada por Francisco Vicente Aguilera, Francisco Maceo Osorio y Pedro Figueredo, directores de la Junta Revolucionaria, en la finca Muñoz.(*) Allí fueron recibidos con estas palabras: "De acuerdo estamos ya con ustedes, accediendo á las instancias de Carlos Manuel de Céspedes por Manzanillo, y Belisario Alvarez por Holguín, y por la conveniencia de un movimiento general en toda la isla hemos decidido aplazar el levantamiento hasta principios del año entrante."

Difícilmente se pudo contener á Luis Figueredo que en el *Mijial* con trescientos hombres se disponía á atacar á Holguin, á Vicente García y Francisco María Rubalcaba en las Tunas, á Angel Maestre y Juan Ruz que ocultaban sus prosélitos en los bosques de la *Esperanza* en Manzanillo; sin embargo, estos patriotas impacientes renunciaron á sus pretensiones; era preciso proveerse de armamento y contar con la aquiescencia de las otras regiones. A Salvador Cisne-

(*) *El Guajiro*, 10 de octubre 1893.

ros Betancourt se comisionó para que fuese á la Habana y á las Villas á participar el acuerdo y obtener su cooperación. El marqués visitó la Habana, donde se verificaban importantes trabajos en las sociedades secretas; expuso las resoluciones tomadas en Oriente y la actitud indecisa de Sancti Spiritu, y pidió la adhesión de Occidente; Morales Lemus le aseguró que podían contar con ella, como también con la ayuda de los villareños, con quienes estaba en comunicación.

En el Camagüey se venían ultimando los preparativos para la compra de armas y pertrechos; la juventud quería la guerra con entusiasmo; los hombres se apretaban la mano al pasar como diciéndose « ¡ pronto ! » ; por las noches se agrupaban los agitadores, en silencio, en las casas amigas ; el pueblo no se daba cuenta de la corriente que lo sacudía ; las hojas sueltas se las disputaban los grupos ; las mujeres, instintivamente, de sus mejores sedas bordaban escarapelas para sus prometidos, y combinando los tres co lores de Agüero y López, formaban los estandartes de azul, blanco y punzó, á cuya sombra derramarían la sangre querida padres y esposos, hermanos é hijos.

El Camagüey aún no estaba listo, pero estaba, co-

mo siempre, dispuesto ; aguardaba la vuelta de Cisneros.

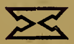
El once de octubre, al rayar del día, fué sorprendido el Camagüey por los aprestos militares desplegados en la población. El brigadier Mena había estado toda la noche comunicándose telegráficamente con la Habana y Bayamo; cuatro piezas de artillería colocadas en la plaza de la Merced, enfilaban las calles afluyentes; el gobernador se encerró en los cláustros del convento de la Merced, rodeado de policía y fuerza de voluntarios; ordenó se hicieran barricadas; acuarteló las tropas en las iglesias, aspillerando las puertas y ventanas; declaró á Puerto Príncipe en estado de sitio. ¿ Qué significaban semejantes precauciones ?

Carlos Manuel de Céspedes, precipitado por los mandamientos de prisión expedidos contra los patriotas en Oriente, se había pronunciado en Yara el 10 de octubre. ¡ La Revolución ! La Habana, lo mismo que el Camagüey, no esperaban el golpe tan pronto. « Pero, ¿ cómo es ésto ? » decía Morales Lémus á Cisneros ; « ¿ y el compromiso del año entrante, cómo se ha cumplido ? ¿ Y ahora, que hará el Camagüey ?»—« Algo grave debe haberlos lanzado.

Los camagueyanos me esperarán para resolver, fué la respuesta de Cisneros.» « Pues bien, replicó en digno rasgo Morales Lémus, vaya inmediatamente al Camagüey, para que allí se apoye también á nuestros hermanos de Oriente, que no podemos, no debemos desamparar.»

Cisneros se embarcó para el Príncipe, llegó á la ciudad anhelante de su consejo, todo era propicio, el gobernador había despachado tropas españolas de la guarnición á Nuevitas y las Tunas: faltaban armas, pero sobraban deseos y decisión: los jóvenes, las mujeres, todo el pueblo estaba en pié.

En la noche del 3 de noviembre el Camagüey probó que tenía dignidad, lavó su mancha. ¡ Nó, aún no la ha lavado, porque no es libre todavía !



IV

Ignacio Mora fué uno de los primeros en acudir á la cita.

Cuando se dirigió la última vez por tortuosos y desiertos callejones á la pequeña casa en la calle Mayor al nido de su amor y de su dicha, donde compartía con él sus esperanzas y sus tristezas Ana Betancourt, con quien había contraido matrimonio el 17 de agosto de 1854; cuando se acercó á su refugio de inspiración y de paz en la ímproba tarea que se había propuesto, al hogar feliz donde hallaba ánimo su espíritu, á veces abatido por las faltas de sus paisanos, algo así como la nostalgia que siente el verdadero hijo al partir de su patria, se apoderaba de su alma iluminada por la luz del martirio. Por Cuba abandonaría en breves instantes á la joven encantadora, de clara inteligencia, de virtudes resplandecientes; á la mujer que durante catorce años había influido beneficiosamente en su carácter alegre, elegante, pródigo; á la ejemplar Anita que enfrenó con rienda amorosa el derroche de lo poco que había salvado de

empresas desgraciadas; que fué celosa cajera, que con su economía le ayudó á levantar de nuevo fortuna; que le creó un paraiso en el hogar, jamás turbado por desavenencias, donde los sirvientes eran como hermanos, donde el joven literato, de vuelta de su finca tras larga jornada á caballo, encontraba el abrazo tierno de su esposa á quien enseñó desde los primeros rudimentos de la lengua propia hasta el uso familiar del inglés y el francés, preparándole así la mente para que pudiese armonizar con la suya, cultisima y elevada. Con una pasión constante y rara, que es de lo más hermoso en existencia alguna; con educar á su mujer en época en que todo el saber de la mayoría de las camagüeyanas consistía en el rezo, y á lo más en saber leer el libro de misa y en escribir apenas, correspondió Mora al cariño y dedicación de su leal y tierna Anita. Ella fué colaboradora asidua en sus patrióticos empeños, y la modesta y pulcra vivienda uno de los focos de la conspiración en el Centro; las tenidas masónicas, las juntas preparatorias tuvieron lugar allí; allí se depositaron armas y pertrechos; allí se hospedaron los emisarios de Carlos Manuel de Céspedes y de Aguilera, y allí de la letra rápida y clara de Anita salían las proclamas, repartidas des-

pués entre el pueblo y la tropa. Aquel era santuario del amor, de la fidelidad, del patriotismo!

Eran las nueve de la noche cuando entró Mora en la sala sencilla y artistica. Anita estaba sola, leia. Contemplóla como no queriendo comenzar la que seria quizás su última entrevista.

—Ignacio!—exclamó ella—¿qué noticias hay?

—Anita, muchas; la revolución se abre paso; Oriente arde; Bembeta, el gallardo, se escapó de Nuevitas el mismo 10 por la noche; por esto se declaró al Camagüey en estado de sitio; Bayamo ha caído en poder de Céspedes; el telegrama de que pude hacerme anunciando que las fuerzas de San Quintín, con Campillo, se dirigen contra los patriotas, y que les trasmití á los nuestros con un propio, fué recibido en Bayamo antes de que el enemigo llegara á Manzanillo, y hemos podido deshacerle los planes al español; el gobierno envía de Nuevitas rifles para esta ciudad; es necesario apoderarnos de ellos; el cargamento que nos venía por conducto del hijo de nuestro inolvidable Zayas, cayó en mano de las autoridades al desembarcarlo; la Junta ha determinado que los dispuestos á secundar el movimiento se congreguen en el paso de las Clavellinas, á tres leguas de la ciudad,

con las armas que tengan ; ni Augusto ni Napoleón Arango están en el Príncipe ; á Gerónimo Boza se le ha encargado de exponer mañana el objeto de la reunión, y la conducta que se ha de observar ; lleva instrucciones, bajo pliegos cerrados ; por mayoría de votos nombrarán los concurrentes al que consideren más apto para dirigir y desempeñar la comisión y . .

—Continúa—le dijo ella conmovida—ya sé el resto : vienes á decirme adiós.

—Sí, Anita. Ha llegado el momento de lanzarnos á la lucha : mañana nos pronunciaremos setenta y cuatro que estamos juramentados, y vengo á despedirme de tí . . . Los acontecimientos que van á desenvolverse pueden sernos fatales . . . Lo que tengo en perspectiva es una bala en el campo, ó el patíbulo en la ciudad. ¿ Será un fantasma tras el que corro el de libertar á Cuba y darle una vida independiente ? No sé ; pero es necesario que la idea tenga sus mártires. ” Y abrazándola, como si fuera para siempre, la dijo:—“ Adiós ; como serán pocos los que escaparán en una contienda tan desigual como la que comenzamos, debes considerarte viuda desde hoy ; así te será menos dolorosa la noticia de mi muerte.”

Su compañera le contestó llena de orgullo, le amaba más, le veía engrandecer ante sus ojos; iba á cumplir con su palabra y con su patria:—"Muerto tú ¿qué haré yo, sola en el mundo? Uneme á tus destinos; empléame; como tú deseo consagrarle mi vida á la patria."

—Gracias, Anita, quizás más tarde le puedas servir. Ahora le das tu bienestar, le das tu corazón, le das á tu Ignacio. Adiós!—exclamó con voz apenas perceptible, y besándola se desprendió de aquel abrazo largo, estrecho y ferviente.

No había llanto en sus ojos; pero sus almas confundidas eran como un suspiro acongojado y sublime.

—¡Adiós, mi Ignacio!—Y al salir, en el dintel de la puerta oyó estas palabras:

—Por mí y por tí, lucha por la libertad. Acuérdate de que tu deshonor lo llevaria yo eternamente, que tu gloria será la mia.



V

En la mañana del 4 de noviembre de 1868, se reunieron en el Paso de las Clavellinas 93 patriotas camagüeyanos; Gerónimo Boza abrió los pliegos de instrucciones, y la gente se dividió en cuatro grupos, cada uno escogiendo su jefe; Ignacio Mora fué uno de los designados.

Las fuerzas se dirigieron entonces al ferrocarril, con el propósito de interceptar el tren y apoderarse del armamento Peabody que venía para la guarnición de Puerto Príncipe, y con el cual los cubanos esperaban equiparse.

Las desavenencias entre algunos de los jefes y los patriotas desbandaron las partidas; Mora se incorporó á la de los Boza, á quienes Cuba reserva una página en la historia, por su ejemplar y purísimo patriotismo. Negados á someterse, ignorando el triunfo de Napoleón Arango, obtenido en Guáimaro el 4 de

noviembre, que resultó en la captura y desarme de la caballería allí situada, y creyendo que la revolución en el Centro había fracasado, marcharon hacia Oriente á engrosar las filas de Céspedes; al cruzar, en balsas, el río Saramaguacan, se volcó la de Mora, y estuvo á punto de ahogarse si no lo hubieran salvado sus amigos, los Boza.

En Sibanicú encontraron á Augusto Arango, *al muerto vivo, al de cráneo de plata*, como le llamaban después de su escapada en el 51, cuando los españoles le dejaron por muerto en el campo: con la cabeza deshecha, sangrando de tremendas heridas, á gatas, se había arrastrado toda la noche hasta llegar á una finca amiga, donde su hermano el conocido médico Agustín le hizo las primeras curas; se escapó á los Estados Unidos con sus familiares; el hueso lo sustituyó la plancha metálica, y después de años de cuidados, pudo recobrar el habla y emprender de nuevo su educación; cuando el indulto general, volvió al Camagüey; siguió laborando y se pronunció otra vez de los primeros; su región entera estaba sublevada.

Augusto nombró á Ignacio Mora su secretario, y juntos regresaron á la vía férrea de Nuevitas al Príncipe, donde el 8 había atacado y detenido el tren

Angel Castillo; el gobierno español, sobre aviso, no mandó las armas, y los patriotas solo pudieron capturar varios oficiales, á quienes condujo Mora á presencia de Salvador Cisneros Betancourt, que los puso en libertad y los mandó al Camagüey.

El general Valmaseda salió de la Habana el 6; llegó el 9 á Manzanillo, pero no atreviéndose á continuar por tierra, siguió viaje á Vertientes, abandonado surgidero de la costa sur del Centro, donde desembarcó el 17, con 1,100 hombres, 100 caballos y 6 piezas de artillería; los camagüeyanos deseaban batirlos al saltar á tierra; las ciénegas por donde tenían que pasar con el lodo á la cintura, los soldados bisoños, inexpertos en el uso de las armas de precisión y el entusiasmo de los jóvenes con Bembeta á la cabeza, todo les auguraba el éxito. Napoleón Arango, dándose la importancia de jefe del movimiento, engañado por su ambición y orgullo, se presentó á Valmaseda á tratar de paz y capitulación, considerándose con ascendiente é influjo bastantes sobre las masas del pueblo para hacerle desistir de su empresa, y temeroso de que si se derramaba sangre sus proyectos fracasaran, alejó las fuerzas cubanas de los lugares donde podían hostigar al enemigo, permitien-

do que éste llegase impunemente al Camagüey, y convocó una junta en Las Clavellinas con el objeto de que se aceptasen las proposiciones del astuto Conde, las reformas liberales, cuyo cumplimiento no podía garantizar; pero que le servían para entretener y dividir á los cubanos crédulos, y así ganar tiempo y robustecer su ejército. A la reunión asistieron en su mayoría amigos y simpatizadores de Napoleón, que confiaban en su historia del 51, y en el prestigio de su nombre; Ignacio Mora, con varonil entereza, se le opuso; lleno de verdadera inspiración patriótica rechazó sus planes bastardos; sólo, protestó con estas palabras, anotadas en el acta por Cristóbal Mendoza: « Con España no acepto ni aún el bello ideal de la libertad . . . . . »

En nombre de algunos, se presentó otra vez Napoleón Arango á Valmaseda, en el Camagüey, y regresó con nuevas ofertas al campamento cubano; en las Minas se efectuó la segunda reunión, y acudieron muchos que conocían las intenciones de Arango y estaban dispuestos á combatirlas; (*) más de un patriota leyó la víspera de aquel día decisivo esta carta del

(*) *La República*, Antonio Zambrana.

agente del Comité Revolucionario Cubano en el Camagüey, nombrado por Augusto Arango, de Anita Betancourt á su esposo Ignacio Mora, frases que hoy tienen la misma aplicación y son tan verdaderas como hace veinticinco años:

« Mi Ignacio:

« Espero que recibireis como se merecen á esos pa-
« cificadores y peticionarios que os envían los que es-
« peran depender siempre de la Madre Patria, contan-
« do con que ésta le dé reformas irrealizables. Ilusos
« que se dejan encandilar con los colores de los parti-
« dos de España y los ofrecimientos de los reformistas;
« decidles, como decía *El Lugareño*, que sois ‘ perros
« viejos y cujeados ’ y que no caeis en esas trampas.»

« Decidles que el mundo camina á la democracia,
« y que no puede tener otra forma que la americana,
« que es la que comprende la libertad política, moral,
« religiosa y económica. Decidles que se les cumplió
« el plazo y que paguen la deuda.»

« Espero y tengo fe en que os portareis como dig-
« nos discípulos de *El Lugareño*.»

Estas viriles palabras, las enérgicas de Ignacio

Mora y otros, y la soberbia alocución de Ignacio Agramonte, en que sintetizó la única aspiración legítima de su patria, el único modo decoroso y eficaz de alcanzarla : « Solo por medio de las armas y no admitiendo dilaciones, sino de una vez, debe exigirse de España la redención completa de los cubanos,'' determinaron la actitud del Camagüey: se decidió la guerra, se encomendó el mando del Ejército á Augusto Arango, y se estableció un gobierno republicano, para cuyo desempeño fueron elegidos Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte Loynaz y Eduardo Agramonte Piña.

A las cuarenta y ocho horas fué el importante encuentro de Bonilla á seis leguas del Príncipe. Valmaseda se dirigía del Príncipe á Nuevitas con 2,500 hombres de tropa, con poderosa artillería y excelente armamento; los patriotas, sin militar de profesión que los dirigiese, escogieron los primeros montes á su paso, aunque no eran éstos los más adecuados para resistir tamañas fuerzas de veteranos: ¡querían hacerles fuego lo más pronto, fuese cualquiera la posición!: á los lados del camino, detrás de simulacros de trincheras, se emboscaron los 150 camagüeyanos, sin más armas que tres rifles, unos cuantos malos fu-

siles de cazar palomas y algunos revólvers. Los españoles avanzan resueltos á castigar el atrevimiento, hasta llegar á unas varas de distancia: el marqués recomienda que no disparen hasta no tenerlos encima, hasta que él no diera el ejemplo con su arma-bastón: los jóvenes no se pueden contener: un soldado impetuoso, Enrique Agramonte, el rostro escarlata, el ojo certero encendido, apunta, y cae en el polvo del camino un español: es el primer tiro de los cubanos: la fusilería se hace general: á pesar del cañoneo incesante, no se consigue desalojar á los patriotas: un día casi luchan, en reñida acción: el Conde tiene que abandonar sus muertos. De los camagüeyanos, uno cayó, Orozco: dos fueron heridos, Pedro Recio Agramonte, que sufre con estóica indiferencia la amputación del brazo, hecha con un serrucho de carpintero por Rafael Argilagos, y Eduardo Agramonte, á quien alcanza en el muslo un casco de granada, y exclama alegremente al sentir el golpe: "¡Ya era tiempo; me quedaba un cartucho!:" trece camagüeyanos quedan dueños del campo,—Augusto Arango, el jefe, los hermanos Gaspar y Diego Agüero, fusilados después en la Habana, Gaspar Betancourt, Rafael Argilagos, Fernando de Zayas, Calixto Aba-

día, Salvador Cisneros Betancourt, Magín Díaz, Ignacio y Enrique Agramonte é Ignacio Mora: hasta la mañana no pudieron llegar los españoles, por vías extraviadas, á Las Minas.

La carta no pudo ser mejor contestada. ¡El 26 de noviembre de 1868, el Camagüey recibió el bautismo de sangre!



VI

Los camagüeyanos, con su armamento inutilizado y casi sin parque, no cesaron, sin embargo, de hostigar al enemigo; Angel Castillo y Bernabé de Varona siguieron molestándolo en su marcha, no llegando Valmaseda sino después de cinco días á San Miguel de Nuevitas; el coronel Acosta Alvear, con el «Batallón del Orden,» compuesto de presidiarios y gente perdida, sufrió grandes bajas en Las Yeguas, batido valerosamente por Manuel Boza y Bernabé de Varona; donde quiera que los patriotas encontraban al enemigo, se entablaba una lucha tenaz y desigual; tenaz, por el arrojo y decisión del cubano: desigual, por la carencia de armas.

Esta falta de medios de combatir se remedió un tanto con la llegada, el 26 de diciembre, á la Guanaja, en la costa Norte, del general Manuel de Quesada, conduciendo los primeros auxilios con que los emigrados cubanos apoyaban el movimiento. A un patriota modesto y perseverante se debió aquel esfuerzo



MANUEL QUESADA.

que salvó la causa en el Camagüey, que vino á dar aliento á la revolución. De nada hubieran valido laactividad y tino con que el general Quesada organizaba el golpe, el ardor de los setenta y un jóvenes, en su mayoría occidentales, que saliendo ocultamente de la Isla habían llegado á Nassau, y estaban dispuestos á desafiar las vigilancias y los peligros por compartir con sus hermanos la muerte y la gloria, los seis mil pesos enviados desde la Habana, todo lo que se pudo reunir, insuficiente para comenzar semejante empresa; los expatriados, aún sin agruparse, no levantaban de sus ahorros cantidades con que poder realizar sus deseos; los ricos, pocos, y en arreglos de cuenta, ó no tenían fe en la guerra ó esperaban ver la dirección que tomaba. ¡Fué en aquellos momentos críticos cuando un camagüeyano, refugiado en las Bahamas, opulento entonces, viviendo del cariño de los suyos hoy inválido, triste, cuyo nombre ha

olvidado su patria, cuyo sacrificio desconocen los mismos que nacieron en su pueblo natal, un patriota nobilísimo, por servir á Cuba, por enviar á sus hermanos indefensos 2,605 rifles Enfleld y 150 carabinas Spencer, dió su fortuna entera, se quedó sin un solo bono, se encaró á la miseria cruel . . . . ! Pero ¿qué importa? Este héroe en la larga batalla de la vida, este mártir en la existencia llena de angustias y desengaños, puede allá en el abandono de su hogar desamparado, en el Camagüey, á donde pensó entrar cobijado por la bandera de la libertad, en aquel rincón solitario de Cuba, erguirse satisfecho: él cumplió con su deber! Era un rico antes de salir el *Galvanic;* cuando se desalijó el cargamento, era un pobre, un libertador: Martín Castillo. ¡ Rindámosle nuestro tributo de admiración y de agradecimiento!

Con la llegada de Quesada, se precisaron las dos tendencias en el Camagüey, se concentraron en dos campos las opiniones: los únos, que querían la guerra á todo trance; los ótros, con Napoleón Arango, como instigador y cabeza, que no juzgaban que había recursos para intentarla con éxito, y pretendían entrar en arreglos con el gobierno. Mora, en el puesto

de confianza que ocupaba cerca de Augusto, muy pronto se apercibió de la influencia perniciosa de Napoleón sobre este patriota, que más tarde fué causa de su desgraciado fin, y se separó de él, ingresando como Ayudante en el Estado Mayor de Quesada, quien se encargó del mando de las fuerzas camagüeyanas.

No es, sin embargo, tanto por sus servicios militares, ni por sus labores periodísticas, ni por sus méritos en los cargos de confianza que desempeñó, ni por el cruento padecer de su vida, ni por su muerte hermosa, por lo que Cuba conservará el nombre de Ignacio Mora entre los que la han amado y servido, como por su diplomacia hábil, por el peso de su consejo, por su obra de concordia, por el éxito con que consolidó los elementos disgregados de la patria naciente. ¡ Bien merece una página en nuestra historia quien conjuró la tempestad de pasiones y de celos aldeanos que amenazaban la revolución, quien con su alma serena y fogosa ayudó eficazmente á cementar la unión de todos los cubanos, que resplandeció en Guáimaro en la Carta de nuestras libertades, el 10 de abril de 1869!

El Oriente, sublevado en octubre, constituyó su

gobierno, conforme á las necesidades locales; Céspedes, radical fervoroso, temía quitar vigor al empuje de la guerra, si se efectuaba, en lo visible, una transición demasiado repentina; era necesario ir preparando las masas populares, todavía sin educación política suficiente; pero, antes que todo, era indispensable impresionarlas y asegurarlas para la revolución. De allí su respeto á la iglesia establecida; de allí que, demócrata probado, se titulase capitán general; de allí, tal vez, la pompa de su entrada en Bayamo. Así también, Céspedes, abolicionista en su propia hacienda, que al lanzarse al campo comenzaba por libertar á sus siervos, cedió ante lo que creía el bien mayor, con la mira, primordial á sus ojos, de que los cubanos contasen con todos los medios posibles para poder arrojar al gobierno español de Cuba, y decretó el 27 de diciembre de 1868, la extinción gradual,—á pesar de pedirla inmediata el Ayuntamiento de Bayamo,—de la esclavitud negra, emancipando, por otro decreto posterior, á los que se encontraran en determinadas condiciones; y convencido de que para la victoria, en el estado de agitación y turbulencia que produce toda revolución, era necesario concentrar los poderes gubernamentales y ejecu-

tivos, se erigió en dictador militar, aunque en su manifiesto fechado el 30 de octubre, en la misma Bayamo, espontáneamente declaraba que solo en las circunstancias del momento aceptaba los cargos que se le conferían, y que no era su ánimo imponer su gobierno á los demás pueblos de la Isla, sino que estaba pronto á someterse á la decisión de la mayoría.



SALVADOR CISNEROS BETANCOURT.

«El Camagüey, al responder al movimiento, lo hizo en la forma que le impusiera el carácter de sus habitantes; más homogénea su población, más influencia-

da por el ejemplo de los Estados Unidos, con más conocimiento de la vida política, dió al acto, desde el primer momento, carácter republicano y abolicionista, poniendo orden y tratando de conservar sus propiedades, que se imaginaron poder salvar. Oriente fué un torrente que se desborda arrasando cuanto encuentra á su paso; Camagüey, la marea lenta y tenaz que todo lo invade.» (*) Esto lo hemos visto ya; el modo de congregarse en Las Clavellinas, la forma electiva y constitución republicana del primer Comité, las reuniones para determinar la conducta de la comarca; y más tarde, la elección general de Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte, Francisco Sanchez Betancourt y Antonio Zambrana, para formar la «Asamblea de Representantes del Centro,» cuya ley inicial, reparadora, el mismo día en que empezó á funcionar, consignaba en su primer artículo estas palabras sublimes: «Queda abolida la esclavitud.»

En los primeros días del mes de diciembre de 1868 tuvo lugar en Guáimaro una conferencia provocada por el C. Carlos Manuel de Céspedes, para tratar

---

(*) *Desde Yara hasta el Zanjón*, Enrique Collazo.

de someter á un solo gobierno el territorio insurreccionado. Pretendía en ella, que habiéndose pronunciado el Camagüey posteriormente á la comarca que él gobernaba, debía sujetarse al gobierno que encontraba constituido, y no crear uno nuevo, exponiendo razones muy dignas de tenerse en cuenta para que se evitara una división, que era, sin duda, perjudicial dentro y fuera del territorio. Contestaron los del Camagüey, ponderando de la misma manera la trascendencia de aquella división; pero sosteniendo que era indispensable mientras el C. Céspedes no estuviese dispuesto á variar de sistema; dijeron que sus mandatarios aceptarían con entusiasmo la jefatura del capitán general de Oriente, con tal que éste renunciase á su título; que la distribución de los poderes era la garantía más interesante para asegurar los derechos del pueblo y una buena administración; que se daría á Céspedes el primer puesto civil ó militar, como él lo eligiese; pero nunca los dos; que no podía admitir el Camagüey la profusión con que se habían conferido las altas graduaciones militares, con perjuicio del tesoro, de la dignidad, y tal vez del reposo ulterior de la República; que tampoco podía admitir que se considerase la religión católica como

del Estado, creyendo ellos que la religión es asunto de conciencia y en que no debe intervenirse; en fin, que deseaban un gobierno general, siempre que no fuese idéntico al antiguo, pues contra las instituciones, y no contra los hombres, se habían ellos levantado, resueltos á derramar su sangre para destruirlas. Sostuvo sus pretensiones el dictador, y no verificándose acuerdo, se convino en prestarse mutuo auxilio, en proceder de consuno en los asuntos interiores, y en emitir, con la garantía de ambos gobiernos, dos millones de pesos en papel.'' (*)

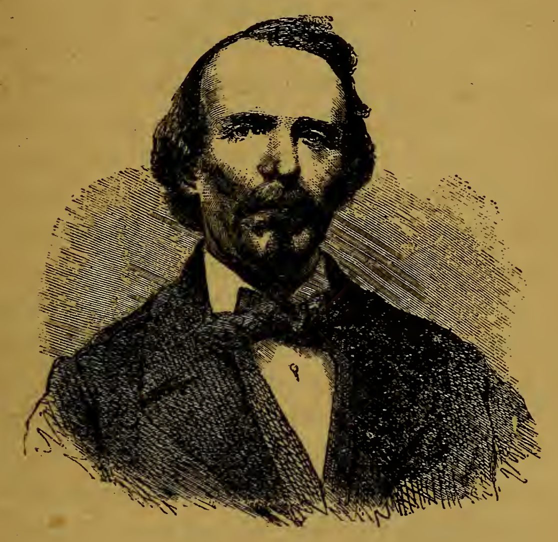
El mes de febrero de 1869 finalizaba, y nada se había conseguido: Las Villas pronunciadas el 7 de dicho mes, con acierto recomendable, no formaron gobierno. ni se adhirieron al de Céspedes, que preferían, sino nombraron una Junta Revolucionaria, compuesta de Miguel Gerónimo Gutierrez, Antonio Lorda, Tranquilino Valdés, Arcadio García y Eduardo Machado Gómez, con la misión de llegar á un entendimiento con el Camagüey y el Oriente, y establecer un gobierno nacional.

En aquella situación, que á prolongarse hubiera

(*) *La República*, Antonio Zambrana.

traído graves trastornos á la patria, fué que Ignacio Mora rindió su importante servicio. El Camagüey lo eligió para que efectuase un acuerdo con Carlos Manuel de Céspedes, otorgando á Mora amplios poderes para que ofreciera al caudillo ilustre la Presidencia de la República que se anhelaba organizar, y obtuviera que á Quesada se le encomendase la jefatura del ejército, considerándolo más apto, por sus conocimientos prácticos de la guerra. Ignacio Mora se dirigió á Bayamo, donde debía encontrar á Céspedes que, después de sofocar « la primera intentona de discordia surgida en la revolución » en el campamento de Donato Mármol, era el jefe supremo reconocido de Oriente. En Veguita (Bayamo), en marzo, se verificó la entrevista. Mora reveló sus elevadas prendas de mente y corazón; con imparcialidad y delicadeza expuso y juzgó las diferencias que hasta entonces nabían impedido la fusión de los cubanos, y después de ligeras objeciones, el Libertador, mostrando una grandeza tal, que si no tuviera otros timbres para ser venerado por sus compatriotas lo haría inmortal, accedió á lo propuesto por Mora, en obsequio de su única ambición: la independencia de Cuba. A principios de abril se puso Céspedes en

marcha, llegando el 8 á Guáimaro, donde se hallaban reunidos los comisionados del Centro y los de Las Villas, quienes consolidaron con su desinteresado patriotismo la obra modesta pero imperecedera del Ignacio Mora.



CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES.

Reunida la Cámara de Representantes, adoptaron, el 10, la Constitución en que se emancipaba á los esclavos, en que la Cámara, quizás demasiado temerosa

del militarismo, se reservó y centralizó para sí facultades que en época de guerra debieran residir en el ejecutivo, pero en que como enseñanza para la república de mañana avisaba que no sería Cuba una democracia nominal, con un tirano á la cabeza. Carlos Manuel de Céspedes nunca fué más sublime que aquel día, cuando tal vez presintiendo la derrota de la revolución, consintió en que se pospusiera el triunfo ineludible de sus ideales, y en sacrificar su propia personalidad, por salvar á su país de la suerte de sus hermanos en el continente, destinadas á sangrar hasta que se limpien del veneno funesto del personalismo.

Ignacio Mora no pudo tomar la parte que le correspondía en aquellos días solemnes; una enfermedad que contrajo en su viaje á Oriente, complicada con el veneno que le propinó en un medicamento el boticario español Salva, de Guáimaro, debilitaron y resintieron su físico á tal extremo, que hasta mucho tiempo después no recuperó la salud por completo; pero á su lado estaba Anita, que el 4 de diciembre logró escaparse del Camagüey, cuando la iban á prender, y que le cuidaba con ternura y devoción, más que de esposa, de madre; él no podía saludar la

república que ayudó á crear : Anita la saludaría por los dos.

En el día memorable en que las comarcas todas de la Isla, unidas en el ideal de la independencia, latían



HONORATO DEL CASTILLO.

con un mismo corazón, la oratoria fué digna del acontecimiento. Las declaraciones autorizadas de Céspedes, el Primer Presidente, el representante de la soberanía popular ; la brevedad de Quesada, el

soldado valeroso llamado á encabezar el ejército; los arranques de los villareños, con la sobriedad de Gutierrez, la pureza de Honorato Castillo, el radicalismo de Lorda, la frase galana de Machado, la majestad de Ignacio Agramonte, la grandilocuencia de Antonio Zambrana; la fraternidad de Tomás y Cristóbal Mendoza, la cultura de Fornaris, los chispazos de Chicho Valdés, el tesón del inmaculado Salvador Cisneros Betancourt; todo fué elocuente y elevado y conmovedor el incidente del polaco Roloff, que, sin patria, ofrecía á un pueblo esclavo como el suyo propio su espada y su vida, y en pocas frases, pero rebosando de un hondo sentimiento, juró morir por la bandera tricolor, emblema de su segunda patria. La mujer también contribuyó á la imponente ceremonia· de los labios de una cubana entusiasta brotaron las palabras sentidas y de alto vuelo que pedía que cuando la Isla entera gozase de libertad, á la mujer también se la diera, completando así la obra de devolver á los habitantes todos de Cuba, fuese cualquiera su nacimiento, sexo ó condición, los derechos que á la humanidad corresponden, derechos hasta entonces conculcados impunemente por un gobierno tiránico. Ana Betancourt de Mora, jóven, hermo-

sa, fué el verbo de las cubanas. En la tribuna improvisada, erguido su cuerpo escultural, con sus cabellos negros al viento, el rostro más bello que nunca, parecía en medio de la naturaleza espléndida, rodeada de aquella legión de batalladores heróicos, militares y civiles, la patria misma, arrogante, encantadora, pidiendo á sus hijos su redención! La mano fina, extendida, juraba la nueva ley de la tierra de su amor; los ojos negros y expresivos eran como brillantes; parecía como más alta á medida que su voz temblorosa y débil se tornaba en raudal sereno y sonoro de notas armoniosas y dulces. En su arranque sobrio y feliz, dijo:

« Ciudadanos: La mujer cubana en el rincón oscuro y tranquilo del hogar esperaba paciente y resignada esta hora sublime, en que una revolución justa rompe su yugo, le desata las alas.

Todo era esclavo en Cuba: la cuna, el color, el sexo.

Vosotros quereis destruir la esclavitud de la cuna, peleando hasta morir si es necesario.

La esclavitud del color no existe ya, habeis emancipado al siervo.

Cuando llegue el momento de libertar á la mujer,

l cubano que ha echado abajo la esclavitud de la cuna y la esclavitud del color, consagrará también su alma generosa á la conquista de los derechos de la que es hoy en la guerra su hermana de caridad, abnegada, que mañana será, como fué ayer, su compañera ejemplar ! »

Guáimaro entero vitoreó sus últimas frases. El Presidente de la república, Carlos Manuel de Céspedes, abrazándola, la felicitaba con estas palabras:

« El historiador cubano, al escribir sobre este día decisivo de nuestra vida política, dirá cómo usted, adelantándose á sus tiempos, pidió la emancipación de la mujer.»





ANA BETANCOURT DE MORA

VII

El 7 de mayo de 1869 reanudó Mora sus tareas en la prensa; empezó á publicar en Guáimaro el periódico titulado *El Mambí,* quizás el primer impreso de la República; (*) el número 1.° es una hoja suelta de diez pulgadas por seis, de impresión borrosa, como una mala prueba de imprenta; pero si la tipografía es pobre, no así las palabras precisas en que Mora expone, en estilo agresivo y concentrado, su credopolítico y las razones y propósitos de la guerra que se comenzaba. Como decía él entonces, podremos decir nosotros mañana: «Al lanzar nuestro país á su revolución, no fué ni para arruinarlo ni para deshonrarlo, sino para asegurar su existencia y la felicidad de

(*) Todos nuestros esfuerzos para obtener una colección han sido inútiles; á la amabilidad del señor don Nestor Ponce de León cuya biblioteca encierra un tesoro de documentación, inapreciable para la historia patria, debemos la lectura de los cuatro números citados en este capítulo, que no hubiéramos podido escribir sin su ayuda, y que por la escasez de material no es tan completo como deseáramos.

sus hijos. El respeto á la propiedad, las consideraciones hacia los vencidos, han sido la pauta que hemos observado los que, posponiendo toda consideración de egoismo y de bienestar, hemos salido á conquistar ese bello ideal que la estupidez é ignorancia de una raza degenerada y corrompida no pudo ni supo darnos.»

Nunca creyó Ignacio Mora que peligrase Cuba por reparar el agravio infligido al negro; su segundo párrafo es para proclamar: «Nos lanzamos á la insurrección sin miedo á los elementos destructores con que se nos amenazaba, porque en nuestra conciencia estaba ya determinado cumplir por completo nuestro deber. Hemos dado libertad á quinientos mil esclavos, sin que ningún temor pueril hiciera vacilar las manos que firmaron ese augusto decreto.» Hay en todos sus artículos una aversión, creciente con los crímenes cometidos en su familia, á la metrópoli injusta: «El solo bien que han traído la opresión y el desprecio del gobierno español á Cuba, ha sido el inspirar un odio terrible á esa dominación, odio tal, que antes de volver al dominio de España preferimos perecer todos, hombres, mujeres y niños en el campo de batalla.»

« En el Diccionario Revolucionario de la América Española existen como equivalentes de la palabra español, las de ladrón, asesino, cruel, incendiario y azotador de mujeres, ¿cómo, pues, el cubano podrá aceptar jamás que se le llame español? Todo lo acepta el cubano menos que se le llame español! »

El día 9 de mayo salían los cubanos, y Mora en malísimo estado entre ellos, de Guáimaro, donde habían entrado alegres y contentos, donde había nacido la nueva nacionalidad; detrás de ellos no quedaban sino escombros, cenizas, desolación; la noche antes, por orden de Quesada, para que no pudiese nunca insultar con su presencia el español aquel lugar santo, se incendió la ciudad; en aquella noche terrible se oía por todas partes, el ruido de los techos que se desplomaban, el ir y venir de la población en masa que se amontonaba en las calles y la plaza; el rumor de las llamas devoradoras, en medio de la nube de humo que envolvía aquella pira luminosa, antorchas de libertad que desgarraban la fatídica tiniebla de la esclavitud colonial, teas gigantes, fuego regenerador con que se ha de arrasar la riqueza criminal, con que se ha de purificar la tierra llena de vicios y de podredumbre. El día después, Ignacio

Mora, impávido, contestaba en el segundo número de *El Mambí*, á la circular del 15 de abril del general Dulce, en que anunciaba este jefe que la revolución había concluido: «Cuba está perdida para siempre para España. Cuba es americana y libre, y es libre porque quiere y puede, porque sus hijos están conquistando esa libertad con un patriotismo y un valor con que no lo ha hecho hasta ahora ningún pueblo.»

Fué anexionista, como la mayoría de los camagüeyanos, al principio de la guerra;de entonces son estas frases, de cuando pensaban los cubanos en el reconocimiento de la beligerancia y en la simpatía del gobierno norte-americano: "Si Cuba ha prosperado más que otros Estados de la América Española, es porque Cuba está más americanizada que ellos. porque participa más de las ideas, de la educacióu, del movimiento, de la actividad y ejemplo del Pueblo Americano.»
"Y he aquí porqué el Pueblo de Cuba se quiere ingertar en la frondosa encina que desde la cumbre de los Allghanies hasta las playas de los dos océanos, sombrea la tierra libre de los Estados Unidos; y he aquí por qué el pueblo libre de Cuba, usando de uno de los derechos de la libertad, ha pedido á su primera Asamblea Constituyente, apoyado en catorce mil firmas, la

anexión al pueblo libre de la América del Norte."

Las ilusiones pronto se desvanecieron y Mora junto con sus compatriotas, se convenció de que nada había de esperarse sino del esfuerzo propio; en el número 2 del año 2° de *El Mambí*, el 11 de Enero de 1871, exclama con amargura al hacer el relato de los acontecimientos del año anterior: "Mientras tanto Cuba, la heróica Cuba, prosigue en la obra de su regeneración y de su *independencia*, olvidada de la América, calumniada *por el primer Magistrado de la República de los Estados Unidos*, ella ha sabido alcanzar su poderío y sostener el terreno conquistado con valor y abnegación."

En ninguno de los otros números, ni en su riquísimo Diario de Memorias se encuentra alusión posterior á lo que para tantos cubanos fué desengaño doloroso á la vez que útil enseñanza.

Incorporado al ejército, siguió Mora, con su prosa apasionada y vehemente, con sus descripciones exactas de hechos notable y con su gracejo de fino gusto, la publicación del *Mambí* que, más tarde impreso por el C. Clodomiro Betancourt, aumentó en tamaño y ganó en belleza tipográfica. En las paradas llenaba las cuartillas; si no estaba Anita cerca, se las remitía pa-

ra que funjiese de censor. ¡Qué diferencia del censor del Camagüey! Si Anita dejaba traslucir en su semblante poco entusiasmo, ó le devolvía los originales, Ignacio Mora rompía las cuartillas y escribía de nuevo: ¡ tal era la fe en el juicio de su único colaborador!

Los trescientos ejemplares, que no daban abasto á los pedidos, era aquella mujer activa quien los arreglaba en paquetes, quien los rotulaba, quien los hacía llegar á los diferentes distritos. ¡ Con mujeres así pueden los hombres llegar á la inmortalidad, y los pueblos salvarse!

Los últimos números del periódico parecen haberse publicado en enero de 1871, á raiz del horrible asesinato de sus hermanas y sobrinos; más adelante se verá la célebre carta que dirigió al Conde de Valmaseda con motivo del crimen y que publicó en *El Mambí*; pero para cerrar esta breve reseña de los escritos del que creía que « la Revolución es la única que ha de darnos lo que exige nuestra civilización, » nada mejor que estos párrafos de doctrina sana, que á haberse seguido, nos hubieran, quizás, dado la victoria.

EL DERECHO Y EL DEBER

No es el derecho una garantía política ni una conquista de la libertad; el derecho es natural y nace

con el hombre. En ninguna parte existe la soberanía absoluta, y la libertad no emana del derecho político, sino que procede del natural: por este derecho es que los pueblos se lanzan á la conquista de los derechos políticos.

Si los derechos políticos nacen ó derivan del derecho natural, he aquí porque los pueblos sometidos á un sistema político contrario al derecho natural, se sublevan, se arruinan, hasta conquistar la libertad que se desprende de los derechos. Cuando los pueblos hacen el sacrificio de sus vidas y de sus propiedades para conquistar los derechos políticos que la usurpación y la conquista les han quitado, esos pueblos, al usar de su derecho natural, contraen una obligación que se constituye un Deber, deber que sobreentiende un derecho, pues no puede haber uno sin el otro.

En el levantamiento cubano, es decir, en el movimiento armado para conquistar los derechos políticos que reclamaba el derecho natural, cada uno de los que se insurreccionaron aceptó como un deber: arrojar á los españoles de Cuba; de consiguiente, dueño de su voluntad y de su derecho natural, contrajo la obligación ó deber, de crear en Cuba una cosa que no existía; así, pues, el deber no se ha concluído

aún, todavía tenemos á los españoles en nuestro territorio; todavía poseen nuestras ciudades; todavía asesinan á nuestros hermanos; todavía ultrajan á nuestras familias, y todavía disponen de nuestras propiedades; así, pues, nos es preciso empuñar las armas y dejar vanas teorías para el día en que libres de opresores, no solo se puedan establecer, sino proclamar los derechos políticos, causa de nuestra revolución.

Si nos hallásemos en un orden regular de cosas, si no tuviésemos enemigos que combatir y el país estuviese libre de españoles, entonces, tendrían lugar los derechos políticos. Hoy que tenemos un considerable número de enemigos, que varios campamentos apoyan las excursiones que sin cesar hace la ferocidad española, no tenemos sino el Deber de tomar un arma y de pelear hasta la muerte contra el tirano de los derechos de Cuba.

La experiencia ha demostrado en un año esta terrible verdad: que por cada patriota que muere en combate, son asesinados veinte cubanos, que ya en los ranchos, ó cuidando sus intereses, ó cumpliendo una comisión civil, son sacrificados con horror por las hordas de salvajes que en defensa de la soberanía de la fuerza nos envía España.

Los patriotas que han tenido por guía el Deber, están aún hostilizando al enemigo; los que parapetados con el Derecho desertaron las filas, han perecido á manos de los españoles, ó asustados tíemblan de miedo y espanto, entregándose, en su loco desvarío, al enemigo, para ser más tarde asesinados en las calles de las poblaciones, ó encerrados en las cárceles, para que sirvan de rehenes á los odios y venganzas del aborrecido opresor. En Cuba no hay sino deberes que cumplir: matar españoles, exterminarlos y echarlos del país, es la obligación de todo cubano. Toda otra idea, otra teoría, no es más que ponernos el lazo al cuello y matar la revolución.



VIII

En una finca de Ignacio Mora, en el Horcón de Najasa, se verificó el 15 de diciembre de 1869 (1) la Junta promovida por el general Manuel Quesada, con el objeto de obtener de la Cámara poderes extraordinarios. El general, el 6 de octubre, había remitido á los representantes una larga y razonada exposición, (2) cuya síntesis estaba en estas palabras: « En todos los pueblos, en circunstancias como en la que nos encontramos, se confía la salvación de la patria á la espada.» A este documento no le dió curso Zambrana, contestándole: « Que no lo presentaba á la Cámara porque lo creía inoportuno é inconveniente, pues se asemejaba á las proclamas del general Bonaparte poco antes de disolver con las bayonetas el Consejo de los Quinientos.» Entonces Quesada resolvió conocer la actitud del ejército: el general

---

(1) Véase para más detalles « La República,» Antonio Zambrana.

(2) « Desde Yara hasta el Zanjón,» Enrique Collazo.

Jordan se negó á asistir á la reunión propuesta, diciendo que, dentro de la ley, el comandante en jefe tenía amplias facultades, y que él, (Jordan) se separaría de las fuerzas, si la autoridad militar se sobreponía á la Constitución admirable de Guáimaro. (3) Ignacio Agramonte, que al principio apoyaba á su superior, « con el orgullo del genio » juzgó que este paso daría al traste con la forma republicana, y al fin convino con los Diputados que combatían á Quesada : « Ustedes tienen razón ; esto es una infamia, y es preciso pisarle la cabeza á ese reptil » ; (4) la juventud, sinembargo, con Bembeta como alma, apoyaban los planes del presunto dictador.

La junta duró tres días : todos los oficiales prominentes del Ejército del Camagüey, y muchos prohombres civiles, asistieron. En la primera sesión, Quesada leyó un escrito en que argüía que no era posible conseguir la independencia conservando la legislación vigente, y manifestó que si no se le concedían las fa-

---

(3) « Refutación y comentarios, etc.,» por Salvador Cisneros Betancourt, en *El Indio Bravo*, publicado en el Camagüey.

(4) Biografía del General Thomas Jordan, *Mi primera ofrenda*, Gonzalo de Quesada.

cultades que él consideraba indispensables, haría renuncia de su cargo. En la discusión, los representantes Trujillo, Ayesterán, Santa Lucía, Betancourt Guerra, Ignacio Agramonte y otros, defendieron á la Cámara, siendo el más agresivo Rafael Morales, que de tal manera movió á los concurrentes, que con dificultad pudo la elocuencia serena y conciliadora de Zambrana aplacar los ánimos exaltados. Otros, como Ramón Boza, Manuel R. Selva, los Mendoza é Ignacio Mora, se abstuvieron de tomar parte en esta contienda que revestía carácter casi personal, pero que era realmente la repetición del choque eterno de las dos corrientes que el 10 de abril del año anterioı parecían haberse confundido y calmado para siempre. El debate terminó pidiendo los amigos de Quesada que se declarase el país en estado de sitio y se suspendiera la observancia de las leyes, estableciéndose el régimen militar ; lo cual no fué aceptado sino por la minoría de los presentes.

La Cámara, en sesión del 17, depuso á Quesada, informándole que « no hubiera influído en la determinación adoptada » el oficio recibido después de tomar dicha resolución, en que Quesada, sometiéndose á la mayoría, dimitía en estos términos elevados:

« De acuerdo con el dictamen de mi conciencia, que me ordena siempre proceder del modo más conveniente á la felicidad de mi patria; estimando que no debe hallarse al frente de su ejército, quien no merezca la confianza de los Representantes del Pueblo, porque esto origina al mismo ejército y al país males sin cuento, é íntimamente convencido, tanto por los recientes acontecimientos cuanto por los que vienen sucediéndose hace largo tiempo, de que yo no merezco la confianza de esa Cámara; tengo el honor de poner en sus manos la formal renuncia que hago del cargo de General en Jefe del Ejército Libertador, que el Gobierno me había conferido. »

La conducta de Quesada frente á la inquina de los legisladores temerosos fué tanto más loable cuando que además de no oponer inconveniente alguno, desechó cuantas ofertas se le hicieron para provocar perturbaciones que si no lograban restituirlo en el mando, comprometerían seriamente la revolución. La última noche de la junta, un rábido partidario, Manuel Agramonte Porro, jefe de la partida de Caunao, le dijo: —« General, ¿quiere usted que le colguemos de faroles á esos chiquillos de Representantes? Una palabra y mañana amanecen colgados de

esas matas de naranjos en el jardín.» El general Quesada le contestó sonriendo, pero con firmeza:— «*Despacito*, guarde todo ese entusiasmo y esa fuerza para combatir á los *azulitos*. Nosotros debemos acatar las leyes que nos hemos dado.»



IX

EL 31 de diciembre de 1869 visitó Quesada á Mora y le rogó que asistiera á la reunión que debía verificarse el siguiente día, á instancias de Céspedes, con el fin de ver si la Cámara abandonaba sus posiciones; poco numerosa fué la junta, y sus acuerdos desechados por la Legislatura.

Después de la deposición de Quesada, Ignacio Mora quedó á la cabeza de quince ó veinte hombres con los que tiroteaba al enemigo; al hacerse cargo de las fuerzas del Camagüey el general Federico Cavada, éste le llamó á su lado; pero Mora no quiso aceptar el cargo ofrecido; más tarde, con su sucesor el general Manuel Boza, Mora desempeñó el puesto de Secretario privado hasta que enfermó gravemente con una bronquitis y se vió obligado á retirarse al rancho de su esposa, á principios de enero de 1871.

Allí le sorprendió la terrible noticia de sus hermanas asesinadas; Allí, sin fuerzas, con un cáustico al costado, sin alimentos casi, y casi sin vida, supo Ig-

nacio Mora los detalles del 6 de enero de 1871. (1) El ataque, en la mañana hermosa y serena, del bohío indefenso por las fieras vestidas de azul, por los soldados españoles sedientos de sangre y oro; la tregua pasajera del Calvario mientras conducían á aquellas cubanas virtuosas y á sus hijos inocentes á presencia del jefe de la columna: —¡un cubano! . . . Francisco Acosta y Albear;—la entrevista, al parecer satisfactoria; el regreso al rancho; el delirio del terror de la desolada familia que, á pesar de lo que se le había asegurado, presentían que algunos de aquellos «hombres feroces, acostumbrados á la rapiña y actos vandálicos» (2) no dejarían perder esta oportunidad de botín seguro; la tarde triste y melancólica en medio del impenetrable bosque; el miedo torturando el corazón; la agonía indecible de aquellas horas desgarradoras; las cornetas que anunciaban la partida de los soldados; el instante de la incertidumbre—la salvación ó la muerte; los golpes fatídicos, que desencajaron la puerta débil de la vi-

(1) «El 6 de Enero de 1871,» por Melchor L. de Mola y Mora, Puerto Príncipe, 1893.

(2) Palabras textuales de Acosta al referirse á la guerrilla de Colón que llevaba incorporada.



JUANITA MOLA Y MORA



JUANA MORA



MERCEDES MORA

vienda ; « la hiena y el oso » que penetraron en el albergue santo ; la familia acurrucada en el rincón del comedor, presa del espanto y de la desesperación ; la disputa de las joyas entre los ladrones ; la insaciable codicia que pretendió registrar á las cubanas pudorosas ; el arranque sublime del niño Alberto que se alza iracundo y empuja á uno de los miserables ; su inmolación por los machetes de los fascinerosos ; los estridentes gritos de las mujeres salpicadas de sangre ; el tajo inícuo que hace volar la preciosa cabeza de Adrianita ; los aceros homicidas que á cada golpe sobre el montón de seres humanos arranca roncos, apagados y coléricos ayes, como ecos de ultratumba ; la monstruosa carnicería; la incineración de los cadáveres de sus hermanas Mercedes y Juana Mora, y de sus sobrinos, para que no quedara rastro alguno que culpara á los perpetradores del nefando atentado ; la pequeña Juanita de dos años, como una exhalación, saliendo de los escombros, « rodando, saltando y rebotando como una bola de fuego de cuyo seno partían lastimeros quejidos » ; el silencio sepulcral ; la escapada milagrosa, decretada por la Providencia, del niño Melchor, para que pudiese relatar el episodio, sin par en la historia de la inhumanidad ; la locura y

muerte de su cuñado Melchor Mola, el infeliz padre, el esposo desventurado, el patriota martir!

Ignacio Mora, se irguió del lecho del sufrimiento, enristró la pluma enérgica, condenó aquel negro y atroz crimen, paso atrás hacia el salvajismo, fruto de la táctica implacable del monstruoso Valmaseda; y en lenguaje severo, incisivo, levantado y correcto dirigió esta carta, en que el patriota y el hermano estigmatizaban al verdadero autor, y único responsable de aquella hecatombe:

«*Al General español* CONDE DE VALMASEDA.

General:

Habéis inaugurado vuestro mando con un crimen, habéis continuado en la obra que emprendísteis en 1868. Sois consecuente, es al menos una cualidad, bien sea para ejercer la virtud, ó bien para continuar en el crimen. No habéis desmentido ni un solo momento el carácter de vuestra raza, ni habéis olvidado . . . . que sois feroz, sanguinario y descendiente del pueblo que tuvo por rey á Felipe II y por Jefe de su Iglesia á Torquemada. Lo repito sois el tipo del guerrero español. El Duque de Alva del Siglo XIX.

El crimen del 6 de Enero es uno de los más horribles de la inmensa galería que registra la historia americana en sus guerras con España.

Cuántos crímenes, Conde ! Aquellos crímenes son los que han engendrado para siempre ese odio que los americanos venimos heredando de padres á hijos, y que constituyen la base principal de la nacionalidad americana: es el gran documento que tenemos los hijos de la América para destruir la dominación de los españoles.

Las dos virtuosas señoras Mercedes y Juana Mora, llenas de vida y en el apogeo de su hermosura, han sido robadas, insultadas, asesinadas y quemadas después, con sus tiernos é inocentes hijos, por los soldados que manda el coronel Acosta. Ese jefe, al parecer culpable, no es sino el exacto cumplidor de vuestras órdenes; de consiguiente, ese crimen y esa sangre, caen sobre vuestra conciencia gota á gota, para eternizar el odio que ya pesa sobre vuestro nombre ; sí, general, el único responsable de los actos que se cometen durante vuestro mando, sois vos. No cabe disculpa; las medidas tomadas en Bayamo cuando érais Jefe de operaciones de aquel Departamento, son las que se han planteado al recibir vos el mando superior; los mismos soldados y los mismos jefes. La única variación es la que resulta de ser hoy el primer jefe, cuando antes érais el segundo.

Para el infame Acosta y Albear no hay sino desprecio, por el doble crimen de ser cubano y mandar soldados españoles ; mientras que para el general Conde de

Valmaseda son todos los odios, las acriminaciones, y el fallo terrible de la posteridad.

Cuando cansado de las adulaciones de la chusma de españoles que os rodean, os retiréis á descansar de tantas bajezas, vuestro sueño no será tranquilo. Agitado en vuestro lecho, saltaréis con la misma agilidad que lo hacía la preciosa niña Adriana Mola, en sus bailes y juegos infantiles, antes del asesinato del 6 de enero.

En vuestro sueño veréis siempre la imagen de Mercedes y Juana Mora, á quienes conocísteis, mostrándoos los ensangrentados cadáveres de seis niños en las puntas de las bayonetas de los soldados que mandáis, y en el fondo del cuadro se destacará el lívido cadáver del desgraciado esposo, el de Melchor Mola, á quien llamásteis—en otro tiempo—amigo, diciéndoos: ¡asesino! ¡asesino!

Sí, Conde, este será vuestro sueño; sueño terrible que os perseguirá por todas partes; sombra eterna que irá unida á vuestro ser como á la planta la yedra, como al hombre la conciencia.

¡La conciencia! —Esta será vuestro castigo. Ella os mostrará vuestros hijos, y por rechazo, volveréis al cuadro de las víctimas de Acosta y Albear, y entonces, ¡oh Conde! cuántas lágrimas abrazarán vuestras mejillas; cuántos sollozos os arrancará al alma el considerar que los pedazos de vuestro corazón, los hijos de



MELCHOR MOLA

vuestro amor, no podrán honrarse con vuestro nombre, porque el apellido del padre es un catálogo de crímenes, de maldades, de bajezas y de ignominia. ¡Qué herencia, Conde! Esos niños, esos niños que serán buenos porque han nacido en Cuba, tendrán los desgraciados que ocultarse en algún lugar, privarse de amar y de ser padres, para que el horror de vuestro nombre se extinga con ellos.

Habéis tenido la horrible desgracia de legar á España un nombre más aborrecido que el del convencional Dantón. Los hijos de éste permanecieron en el celibato para evitar que se perpetuase el horror de su apellido: los vuestros ¿qué harán?

La fama de vuestras atrocidades llenan la América y la Europa.

Desde la altura del Capitolio de Washington se han anunciado al mundo vuestros hechos, y la Tribuna española los ha confirmado.

Marat se horrorizaría de vos, Conde de Valmaseda, y se horrorizaría, porque Marat representaba la utopía, la venganza de novecientos años de tiranía; era en fin, el desencadenamiento del pueblo en los primeros días de su regeneración. Para él no ha habido disculpa: para vos no habrá sino horror!

A pesar del dolor que á mi alma de revolucionario ha causado el asesinato de mis hermanas y el de sus des-

graciados hijos, aún tengo bastante energía para continuar la obra de independizar á Cuba de España. Aún creo alcanzar algunos años más de vida para dedicarlos á la gran empresa de libertar á Cuba; pero si la suerte me es contraria, si perezco antes, bajaré al sepulcro satisfecho no solo por haber contribuído al glorioso levantamiento cubano, sino porque he podido ayudar á formar la nacionalidad cubana, dando esperanzas al desgraciado negro del Departamento Occidental de su emancipación, y á los blancos de su regeneración. Esto para Cuba: para vos, Conde de Valmaseda, tengo una pluma, papel y una imprenta en que poder contar á los cubanos vuestras hazañas, las que son dignas de vuestros antecedentes.

IGNACIO MORA.» (1)

---

(1) *El Guajiro* del Camagüey, 6 de enero de 1893 ,decía:
«¿Será cierto? A propósito del 6 de enero se nos ha informado que los malvados que cometieron esa estupenda barbarie se encuentran campeando por sus respetos, allá por Santa Clara, porque se les soltó á los pocos días de estar presos, después de haberlos sacado el superviviente M. B. Mola, de la rueda de presos como los que cometieron el crimen.»

Sea esto cierto ó no, el patriotismo y la dignidad nos mandan no olvidar que aún no se ha reparado el crimen, que no tenemos derecho á esperar tranquilamente en el hogar los acontecimientos, ni desear que estos sean de paz, ni retraernos de las luchas políticas hasta que hayamos libertado á Cuba, y en la paz de la república---única dccorosa---elevemos un monumento que conmemore esta fecha fatídica y que simbolice la ferocidad del conquistador y la virtud cubana!

X



VICENTE MORA

LAS revoluciones—como los grandes sacudimientos de la naturaleza—parecen escoger familias enteras para sus víctimas; los terremotos, las inundaciones, las tempestades barren completamente hogares señalados por el destino á una suerte desgarradora,

mientras que pasa y respeta á otros, quizás menos virtuosos, y con menos derecho á la vida. En la guerra de los diez años de Cuba, la familia Mora compartió con la de los espartanos Boza (1) la gloria de la extinción casi total en el cumplimiento del deber. Bastaba el crimen que acabamos de describir en el capítulo anterior para perpetuar el apellido de

---

(1) Los Boza desaparecieron en unos quince días en el campo insurrecto. Juan Nepomuceno Boza fué víctima de las calenturas. El Mayor General Manuel Boza cayó heróicamente en los montes del Babujal, inmediatos á « La Jagua de Betancourt.» El enemigo, en reconocimiento de sus virtudes y arrojo, le hizo honores, y le levantó una cruz. *El Chicho*, su hijo, en busca de caballos para que saliesen las mujeres, muere en una emboscada. Gregorio y Jerónimo, que las conducen, son sorprendidos frente á la finca « Consuelo, » y todos son hechos prisioneros por Tizon: una de las mujeres quiere salvarlos, y dice: « Nosotros y mis cuñados venimos á presentarnos.» Gregorio le corta la palabra suavemente: « No, Marianita, no digas lo que no es, dí la verdad. Ustedes eran las que venían á presentarse » y, cambiando de tono, dirigió con decisión estas palabras al jefe: « Ni Jerónimo ni yo somos traidores. Los Boza no se presentan jamás! Fusílennos! » En el acto se consumó la ejecución. Otro hermano, Nepomuceno Boza Agramonte, salió al exterior en servicio; volvió en el *Virginius* y lo asesinó Burriel.

Los hombres de este temple ¿no existen ya en Cuba? Acaso con ellos desapareció el pundonor?

nuestro biografiado: los padecimientos de otro hermano en el destierro, la muerte trágica de Vicente y la gloriosa de Ignacio, debían añadir más coronas de espinas y de laurel á su martirologio sublime.

De los hermanos era Vicente (1) el menor; como los otros, su educación fué esmerada, y al par que ellos amó á su tierra. Joven laborioso, se dedicó al comercio en el Camagüey; patriota decidido, se inició de los primeros en la Logia Masónica, establecida en 1867 en Puerto Príncipe, no tanto por los principios humanitarios, sino porque, obrero de la independencia, podía unificar y laborar á su sombra, y carácter enérgico y valeroso, aprovechó sus relaciones comerciales y la confianza que en él depositaban los españoles del gremio, para ayudar á Vicente García á reunir las armas y pertrechos de guerra con que apoyar el movimiento que se fraguaba en Oriente.

He ahí uno de sus méritos mayores: bregar en silencio, acumular antes del estallido los medios para hacer frente á un enemigo constituido y preparado á quien es preciso sorprender para ganarle la partida. García, por conducto de Francisco María Rubalcaba,

---

(1) Nació el 21 de agosto de 1837.

envió á Vicente Mora el dinero para adquirir las escopetas de cazar y municiones de guerra con que el 13 de octubre de 1869 se atacó á Las Tunas. La última compra hecha por Vicente Mora, en mayor escala, fué con el producto de una negociación de bueyes que verificó García en los mismos días de Yara, lo que dió lugar á que la policía sospechase de Vicente Mora y de sus cómplices Julián de Miranda, su cuñado, y de Francisco Socarrás, teniendo Mora que salir á la noche siguiente del Camagüey, é incorporarse á las fuerzas de Augusto Arango. Con el brazo derecho lisiado á causa de una fractura, Vicente Mora no era apto para el servicio militar; pero él creía que todo cubano es útil cuando quiere: si no para matar para que lo maten. El Comité del Centro aceptó sus servicios destinándolo al importante ramo de comunicaciones, donde desde un principio dió á conocer sus talentos para la ordenada administración y para el aprovechamiento y empleo de hombres que, incapaces por su físico para figurar en el ejército, sin embargo, colaboraban con éxito y voluntad en la magna empresa.

Puede decirse sin exageración que muchos paises en condiciones normales envidiarían la organización,

método y seguridad que dió al ramo de postas. De tal modo se acreditó, que la Asamblea del Centro, y posteriormente la República, le nombró Director General de Correos en el Estado del Camagüey. Aquel necesario servicio solo se interrumpía, y eso raras veces, momentáneamente; no se recuerda comunicación alguna que durante esa época se perdiese; los postillones á pie, ó á caballo, rendían puntualmente sus jornadas, gustosos, satisfechos y obedientes, á las órdenes de aquel hombre afable y justiciero. A pecho tomaban su encargo; las casillas casi nunca fueron asaltadas por el enemigo; ellas servían de cita para los prácticos, que se enviaban á comisiones especiales, ó guiaban las fuerzas; eran escuchas y vigías que anunciaban al vecindario la entrada del español en la zona.

Los correos establecidos por Vicente Mora no se concretaban solamente al interior, á diario, sino que se sostenían también con el exterior: al principio por vía de Guanaja ó Cayo Romano, mensualmente, por las expediciones que venían; por los setenta botes que se mandaron á Jamaica, y por medio de arreglos con corresponsales en el Camagüey, Nuevitas, Santa Cruz, Manzanillo y Santiago de Cuba. Las comuni-

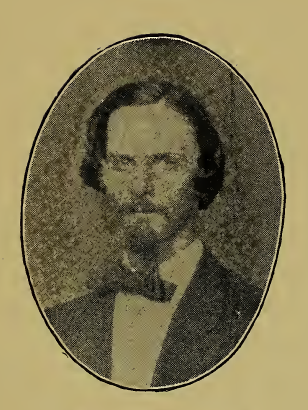
caciones oficiales, lo mismo que las particulares, se recibían con tal puntualidad que se estableció el mismo sistema en el resto de la República, dando un resultado ópimo, puesto que á tiempo se enteraban el gobierno y los jefes de lo que se hacía en las ciudades. En la Cámara Rafael Morales dictó leyes adaptadas para este departamento, ayudado con instrucciones que le facilitó Vicente Mora, quien se desvivía por adelantar y perfeccionar el servicio, proyectando el señalamiento de días y horas fijos de llegada y salida, y la colocación de boyas inmediatas á las costas de la isla, y la recogida de la correspondencia por cayucos y, por último, se imprimieron en New York artísticos sellos de franqueo de diez centavos, en tinta verde, con el escudo de armas de Cuba,—pero la muerte de Vicente Mora, inspirador y sostén de aquellos planes, impidió que se realizaran.

A fines de 1870 fué á Las Tunas á arreglar el servicio de la comarca, entonces desorganizado; lo remedió todo; mas el excesivo trabajo, la pobre alimentación, las fatigas y las fiebres continuas no le dieron tregua; seguía con la misma constancia, no descansaba, exclamando que «lo mismo que el sol-

dado busca la muerte cuando lo mandan á atacar el enemigo, todos nos debemos á la causa y tenemos que caer al pie del cañón.» Una tisis se le declaró, convirtiéndose aquel joven, alegre y activo, en un esqueleto ambulante. El español redobló sus persecuciones; el ranchito de vara en tierra que le edificaron bien adentro de la montaña para resguardarlo de la intemperie y de las acechanzas del enemigo, no lo abrigaba lo suficiente. Su hermano Ignacio le aconsejó se reuniese con sus hermanas Mercedes y Juana; Vicente trata de efectuar su viaje; le pide á Bembeta «una bestia que pueda cargar con una araña»; empero, la mañana siguiente, el 24 de diciembre, caen sobre el apartado hogar los guerrilleros enemigos, se desbandan sus hijos por un lado, él arrastrándose por otro, y su cariñosa mujer, Mercedes Miranda, titubeando entre sus obligaciones; Vicente empuña el revolver, casi moribundo le implora: «corre á amparar á nuestros hijos,» sino «con el soplo de vida que me resta me suicido» y se queda solo sin saber el fin de aquellos objetos caros, que días después son capturados y conducidos al Camagüey por la partida que mató á Julián de Miranda, y horas después, en San Severino, á Manuel Montejo y á Francisco Bena-

vides. Puesta en libertad algún tiempo despues, Mercedes intentó regresar al lado de su esposo: ya era tarde.

El instinto de la propia conservación dió fuerzas á Vicente; su aplomo, su valor, su determinación, lograron alejarlo de aquellas fieras que se cebaban en nuestros enfermos, en nuestros heridos, en nuestros viejos, en nuestros inválidos. Anduvo errante y perdido en el bosque, la debilidad le anonadaba; el cerebro comenzó á flaquear; él, que á todo se había resignado, ahora era presa de la desesperación; en gritos de delirio, retumbantes en la selva callada, clamaba en vano: «¡Mercedes! . . . ¡Mis hijos!» Su estado era grave; el juicio le abandonaba amenudo; pero la Providencia le llevó á unos bohíos de familias de color; allí se hicieron cargo de él; le curaban como si fuera á hijo propio; nunca hubo hermana de caridad más bondadosa que la que consoló los instantes postrimeros de aquel descendiente de nobilísima alcurnia, la negra Soledad. Sus amigos acudieron á socorrerle; no había, sinembargo, ni médicos, ni medicinas, ni alimentos; la tempestad arreciaba para la familia Mora-Mola; sobre el cadáver del bravo teniente coronel Alejandro Mola,



ALEJANDRO MOLA

su concuño, entraba en el distrito el enemigo; sus hermanas y sus sobrinos eran inmolados el 6 de enero: «A Vicente es preciso mandarlo á la ciudad» oyó; irguióse en su cama de cujes, se iluminó por un instante su mente, y suspirando suplicó: «No se aprovechen de mi enfermedad, para echar esa afrenta sobre mi nombre; no quiero morir deshonrado entre los enemigos de mi patria . . . . déjenme morir aquí en el campo libre de Cuba! . . . .»

El efecto que le produciría la noticia de la suerte de sus hermanas no podía ser sino desastroso; por eso se temía que llegara á su conocimiento y se le ocultaba por todos los medios concebibles. Una indiscreción inutilizó tantas precauciones. ¡Perdió el cerebro completamente! Al borde ya del sepulcro, con el nuevo golpe sacudióse hasta la médula aquel organismo esquilmado; llevarlo á la ciudad hubiera sido concluir más pronto: «No quiero salvar el lago de sangre que nos separa,» murmuraba en voz imperceptible, cuando escuchando alguna indicación á este propósito, recobraba de súbito el juicio. Las atenciones más amorosas de nada servían; el cielo se apiadaba ya de él! . . . . Con el nombre de los seres queridos en sus labios exangües, con el de su patria en el últi-

mo suspiro, se apagó su existencia agostada en la juventud, el 22 de abril de 1871; murió en los brazos negros, contra el pecho negro de las cubanas que le cavaron, con sus manos piadosas, sepultura olvidada, cerca del rancho humilde de Santa Rosa de la Jagua.

Sobre su tumba, bien merece el epitafio: « Patriotismo y abnegación á toda prueba.»



XI

Aun le reservaba el año de 1871, año de las deserciones, del desamparo de las familias errantes, en la desnudez, de la persecución contínua en el Camagüey, ano de prueba cruenta, otra pena inmensa á Ignacio Mora: la que habia conllevado su duelo, la que había mitigado sus soledades, la que lo había sostenido, cayó prisionera el 9 de julio. Con sus recuerdos, vívidos después de muchos años de padecer, hemos de escribir estas páginas: ¡ cuánta poesía y sencillez en la narración de sus cuitas ! . . . Las suyas son las de nuestro biografiado; sus existencias fueron una sola. El 9 de julio se hallaban Ignacio Mora y Anita departiendo, en la sala del rancho que tenían en San José del Chorrillo; de pronto corrió un niño hacia ellos.

—Huyan, que Antonio viene con la tropa para entregarlos.

Antonio era un moreno que vivía cerca de la casa.

Echaron á correr; el reumatismo punzaba la rodi-

lla de Anita; le era imposible seguir; rogaba en vano á Ignacio que la dejara sola; tropezó Anita contra un tronco, caído entre las maniguas que los ocultaban; desfilaron ante ellos cincuenta guerrilleros, todos . . . *¡cubanos!* menos el jefe que los mandaba; Mora permanecía al lado de su esposa, con un cartucho en su revolver; de nada valían las súplicas: él moriría antes que dejarla. Por último ella insistió: "A mí no me harán nada si me encuentran sola; si te quedas tú, te matarán y tal vez me ofendan para hacerte sufrir más. Tú te debes á la patria . . ."

Aquellos minutos fueron eternos . . . . Anita arrojó de sí á su esposo. ¡No lo volvería á ver nunca más! Un tiro pasó rozando la frente de la mujer decidida; ella exclamó:

—No hagan ustedes fuego; es una mujer vestida de hombre la que se escapa.

—Y entonces, ¿por qué huye? contestó el jefe.

—No lo sé, replicó.

—Seguidle, repuso, dirigiéndose á los soldados. Usted venga conmigo: entrégueme el dinero y las joyas.

—No puedo seguirle porque estoy baldada: no tengo joyas ni dinero.

Apoyada en los brazos de aquellos guerrilleros que debieran haber estado en las filas de sus hermanos, y no remachando las cadenas de su esclavitud, regresó Anita al rancho; ahí estaba el delator avergonzado que, hecho prisionero, esperaba escapar con la vida en pago de su denuncia.

Entonces principió el interrogatorio brusco é insolente del capitán Tamayo.

—¿En dónde está su esposo?

—Lo ignoro.

—Antonio dice que estaba aquí, con usted.

—Él puede haberlo dicho, pero ya ve usted que no está.

Enfadado, prorrumpió: «¡Esta *mambisa* no quiere hablar.! Ya verá lo que sucede.»

¿Se repetirían en su persona los atropellos de sus hermanas políticas?

—Venid, muchachos. Oid bien. Pegaos por los alrededores, y alerta. De vigilar á la *mambisa* me cuidaré yo; dentro de una ó dos horas viene el palomo en busca de la paloma, y lo cazamos.

¡Pobre mujer! cuánto sufrió creyendo llegaría su esposo al rancho, y que al correr á estrecharla entre sus brazos caería muerto contra su pecho! ¿Cómo

resistió el cerebro semejante tensión? ¿Cómo atontada, paralizada, se iluminó su mente para quitar al verdugo la víctima? . . . .

El foragido se le encaró.

—¿Tampoco sabrá usted á qué vino ayer aquí un ayudante de Carrillo?

—Sí lo sé.

—¿Qué buscaba?

—Traía una orden de él para que mi esposo le tuviese preparadas cien raciones para que él y su gente pudiesen comer hoy aquí.

Mientras fraguaba esa mentira, no alzaba la vista del suelo, temerosa de que leyese en sus ojos el engaño. Ella había contado los hombres; ella sabía que no esperarían ni siquiera el mismo número de patriotas, mucho menos, el doble. Anita se sentía morir. Tamayo no la perdía de vista; se paseaba inquieto. Llamó á dos ó tres; hablaron, discutieron; la situación se presentaba grave.

—Mira, González, me parece más acertado que nos vayamos á darle cuenta á Macón de lo que pasa, toda vez que Carrillo trae doble gente que nosotros y nos exponemos á ser copados. Vámonos, volveremos esta tarde y caerá en nuestro poder.

Saquearon y dieron fuego al rancho. Subieron á Anita en una mula. Emprendieron la marcha.

La astucia de su compañera había salvado á Ignacio Mora.



XII

A mediados de 1871, el gobierno resolvió enviar al probo é inmaculado patriota Francisco Vicente Aguilera al extranjero, para poner paz entre las facciones Aldama y Quesada, y para aunar el esfuerzo de las emigraciones, haciendo que sus sacrificios resultasen provechosos. Para acompañarle como Secretario, se designó al inteligente Ricardo Céspedes, que desempeñaba á la sazón la cartera de Relaciones Exteriores. La vacante ocasionada la llenó entonces Ignacio Mora, permaneciendo en ese alto puesto más de un año, hasta que lo sustituyó el doctor Bravo y Sentis, en 1872.

Aquí, como en todas las ocasiones en que á Cuba prestó Ignacio Mora sus servicios, demostró raras dotes de estadista y la mayor buena voluntad y desinterés; nada, sin embargo, pudo hacer en aquellos días, con propiedad calificados de luctuosos; durante su ejercicio fué la misión de él y Francisco Maceo, Secretario de la Guerra, cerca del general Gómez,

Jefe de Oriente, que tenía por objeto consultar la opinión del general sobre la proposición de Maceo, en la que poco ó nada tuvieron que hacer el Presidente y Mora, de trasladarse Céspedes y los miembros de su Gabinete á Jamaica, (1) idea que nació del miedo, y que á haberse insistido en ella, no tan solo hubiera desacreditado la revolución sino que hubiera sido su suicidio. El general Gómez contestó con vigor:— «Aquí caerán, como con Sansón, todos los filisteos,» y el proyecto se abandonó para siempre.

La revolución en esa época se desbandaba en el Camagüey, ya por la creencia sincera, en pocos, de

---

(1) Fernando Figueredo Socarrás.

Véase también las *Hojas Literarias*, de Manuel Sanguily, setiembre 1893.

En la Carta del general Máximo Gómez á Tomás Estrada Palma, se encuentra el siguiente párrafo en la página 14 del Diario del general:

«Día 10 de febrero.—Se me han presentado los Secretarios del Despacho, Francisco Maceo Osorio é Ignacio Mora y como en términos de consulta me exponen la necesidad que siente el Gobierno de trasladarse á la vecina isla de Jamaica, y fijar allí su residencia. La determinación me parece inconveniente y protesto contra ella con toda la energía que me es posible. Los generales Modesto Díaz y Calixto García Iñiguez me han apoyado resueltamente. De este incidente no se ha hablado más.»

que más derramamiento de sangre era inútil, ya por la funesta preponderancia de elementos flojos que no tardaron en cansarse y arrastraron á los que en ellos veían sus naturales cabecillas, ya por ambiciones irrealizadas y coléricas, ya por la ruda campaña del enemigo; entonces vió la luz en el Camagüey, un manifiesto de adhesión al monarca español, en que se hacía aparecer á la comarca, siempre viril y dispuesta, como baluarte de la tiranía, como la columna más firme de la reacción. Ignacio Mora, en la siguiente protesta, declaró que los verdaderos camagüeyanos «estaban, lo están y lo estarán» siempre, no con quienes aconsejaban el sometimiento á un poder vejaminoso sino con quienes interpretan su espíritu indomable, su decoro y su dignificación. Nunca mejor que estos momentos para decir á Cuba que no son los que vociferan de españolismo los que representan al Camagüey, sino los hombres por quienes hablaba Mora, los hombres callados y sagaces del verdadero patriotismo, que esperan, sin impaciencia pero resueltos, la hora de la nueva é inevitable guerra. Ellos se fortalecerán con la lectura de la proclama de hace veintidos años, que expresa sus sentimientos actuales. Y si hay en el Camagüey degenerados que no se des-

cubren ante la grandeza de sus antepasados; si hablan despreciativamente de lo único que les ha dado nombre; si en aquel pueblo sensato y puro ha llegado el gusano del vicio y del descreímiento hasta el corazón mismo; si existen camagüeyanos que no sean hombres, lean estas frases, ruborícense de su falta, arrepiéntanse de su pecado, ó cesen de llamarse cubanos:

CAMAGÜEYANOS:

Un manifiesto que autorizan mas de 3,000 personas ha sido dirigido desde Puerto Príncipe al Rey de España. Ese manifiesto es un baldón é ignominia para la tierra clásica de la libertad cubana, para el Camagüey. Nosotros los camagüeyanos no podemos consentir en ese deshonor: debemos protestar y protestamos. Séame lícito hacer en vuestro nombre esa protesta.

Jamás hubo nación cuya inteligencia estuviera ménos á la altura de la representación de una idea que la España del siglo XIX, y la del mes de setiembre de 1868. No es suya la culpa, no; pero esa excusa no la liberta del cargo de incapaz, y esa incapacidad es el triunfo de Cuba.

Aceptar como garantía de la pacificación del Camagüey los juramentos de traidores, de desgraciados campesinos hechos prisioneros, de libertos que aún tienen

en su frente el sello de sus ascendientes esclavos, es la agonía de un poder que cifra su felicidad en la masa de ilotas que se humillan á la esperanza de vivir como esclavos.

Ignoran que la libertad es la reina de la época, y que como tal dirije desde su esfera los acontecimientos de los pueblos, dando á los hombres el poder de la razón para preparar el triunfo contra el monopolio de la tiranía.

Si los firmantes, ayudados por su razón insegura, atravesaron el primer período de la infancia de la revolución, y no aprovecharon la metamórfosis del movimiento, ellos sufrirán las consecuencias de su poca fé en el triunfo de la idea revolucionaria.

Por causa de ese mismo movimiento la situación es otra. La espontaneidad de los camagüeyanos que sostienen la guerra, donde adquieren cada dia mas raciocinio, no se ha pervertido; y las masas que aún permanecen en la ciudades y en los pueblos, á pesar del horror que les inspira la dominación española, están dando sal tos, y preparando el material con que han de hacer triunfar la revolución.

El sentido comun, que es juez infalible, tropieza á cada paso con grandes obstáculos; pero es evidente que el derecho de la revolución y de la libertad no puede llevarse á cabo sino con la guerra. Esto lo saben los

camagüeyanos; y ellos han contribuído, contribuyen y contribuirán para dar á la patria sus derechos y su libertad.

Perfectamente definida la idea política, causa de la revolución, es un absurdo manifestar que no lo estaba aún, y que no estaba acordada por el país. ¡Que no estaba acordada por el país! y sin embargo confiesan los expositores que más de 4,000 hombres tomaron parte en el movimiento.

Si un país que no tiene sino millón y medio de habitantes, da de una de sus jurisdiciones tantos miles de hombres para la defensa de una idea política, bien puede asegurarse que no solo estaba y está definida la idea, sino que el acuerdo era de una mayoría tan grande, que puede decirse que la componía todo el país.

En efecto: cuando la población de un Estado arroja con las armas al campo de batalla á los hombres disponibles, ó sea la proporción que dá el número de habitantes de que se compone esa población, es porque la idea que la lleva á ese extremo es un principio que ha de dar los derechos invididuales, los políticos y los de conciencia, evitando así el abuso, que ha sido y es el sistema con que España ha gobernado á Cuba.

Si el abuso cuando sirve á un gobierno no es suficiente causa para que el deber del ciudadano conquiste sus derechos, las desgracias que sobrevienen en la lucha no

caen sobre los hombres de corazón y de voluntad, sino sobre aquel gobierno y aquellos individuos que no supieron prevenir los acontecimientos.

Cuando un pueblo es tratado como enemigo y se le niegan los derechos que constituyen la sociedad política, se hace necesaria la revolución, porque sin este gran recurso de los pueblos, las leyes del progreso no tendrian razón de ser.

La sociedad no debe su progreso á otra causa que al continuo comercio de sus ideas y á la facultad natural de intervenir en sus asuntos como miembros principales de la gran familia que componen la nacionalidad. Este comercio de ideas y el derecho de intervenir en sus asuntos, es la revolución.

Pero la revolución no tiene la culpa de que todavía impere el egoismo y de que él fuera el inspirador de los avecindados en el Camagüey; ellos han abjurado los dogmas y no han sentado principios ¡cosa singular que no volverá á suceder!: la idea es causa de que algunos de los firmantes sean tan inferiores á su pasado, como es ridículo su porvenir.

¡La Revolucion! este es hoy el esfuerzo supremo que deben hacer los camagüeyanos, so pena de servidumbre eterna.

El que no tome las armas contra el gobierno español solo puede servir de instrumento á los deseos de los

mandarines españoles. Sin conciencia de las libertades patrias; sin idea de los derechos de Cuba y de su independencia, no deben ser de la especie de los mártires del año 23 ni de las ilustres víctimas inmoladas en el campo insurrecto: en fin, no merecen la especie de consideraciones que se debe á los hombres, hasta á los esclavos.

¡Camagüeyanos! de entre vosotros salió la idea de independizar á Cuba de España: la fundación de los Soles de Bolivar. Habeis sido el blanco de las saña española.

En el año 51, vuestra sangre generosa fecundó los campos de Mendez. Vuestro héroico esfuerzo en Noviembre del 68 aseguró el movimiento de Yara. De suerte que ese manifiesto, hijo del temor, no es deshonra, pues en todo el Camagüey se encuentran entendimientos libres, conciencias capaces, que consideran como su mas gloriosa prerogativa defender á todo trance la gloriosa idea de ¡Cuba libre!

La revolución cubana no está extraviada como se hace decir á los firmantes: es la misma de hace tres años, la misma idea, los mismos principios y el mismo fin: hacer independiente á Cuba de España y darle libertad á trescientos mil negros esclavos.

En todas partes hallará simpatías el glorioso movimiento cubano y particularmente en los Estados cuyos soberanos consideran como su gran deber emancipar al

pueblo oprimido, segun las máximas y deducciones de los filosofos del siglo XVIII.

¡Camagüeyanos!: al protestar en vuestro nombre y en el mio del baldón que los españoles han querido arrojar al Camagüey por medio de algunos de sus hijos, experimento doble satisfacción.

Es la primera que la idea revolucionaria entre vosotros no es un partido, sino todo el Camagüey: y la segunda, que no teneis dos modos de ser revolucionario; puesto que lo sois del mismo modo, ya como camagüeyanos, ya como cubanos, ya como republicanos.

Enero 3 de 1872.



XIII

Ningun documento tan valioso para construir la historia de un pueblo, después de los oficiales, como las memorias escritas día á día durante los acontecimientos, y marcadas con el sello personal del autor. De las apuntaciones de nuestra guerra, pocas existen; y de éstas las más son recuerdos abúltados ó coloreados por la fantasía, trasladados al papel años después de los sucesos, y por consiguiente, su exactitud depende de la intensidad retentiva de la memoria, de las fuentes de donde originaron, y de la cultura é inteligencia del narrador.

De ahí la dificultad para quien iuvestiga y desea perpetuar las glorias patrias, dificultad que se hace casi invencible cuando se acude á los que poseen colecciones de periódicos, folletos y proclamas, que son muy contados, celosos, y á menudo egoistas (1) de sus papeles; de ahí lo arduo é incompleto de cualquier trabajo histórico: los que pudieran coadyuvar prefieren

---

(1) Debo hacer excepción de mi estimado amigo el señor Néstor Ponce de León.

que el polvo y la polilla destruyan á que la buena voluntad y el entusiasmo aprovechen.

Valiosos, tanto por ser contemporáneos de aquella contienda épica, como también por reunir idoneidad, agudeza de observación, y juicio imparcial, son los datos de Ignacio Mora. Antes de la Revolución, Mora acumulaba los folletos, periodiquines, manuscritos é impresos referentes á Cuba, y las hojas sueltas del Camagüey casi siempre redactadas por él mismo. Èl y Anita guardaban el archivo, como tesoro inestimable; consigo lo llevaban abandonando todo por salvarlo. El Diario de Ignacio comenzó con el 10 de octubre de 1868, y sus últimas páginas son fechadas en octubre de 1875, horas antas de caer prisionero. En esos volúmenes encontrará el historiador documentos y comunicaciones, y la relación sucinta de los hechos notables, militares y civiles, de los siete primeros años de la guerra. Al ser capturado Ignacio Mora, las tropas españolas regaron por los montes de Najaza algunos de los papeles, pero advertido el oficial los recogió y fueron á manos de Ampudia, quien se los llevó á España. Los libros originales no se sabe donde están, pero Anita ha podido obtener, gracias á un bondadoso amigo, una copia imperfecta. Faltan los

cuatro primeros años, hasta el 72, muy interrumpido, y los últimos seis meses del 75 tampoco se han hallado.

A Anita debo algunas hojas de ese monumento; á mis ruegos repetidos (é interesados) de publicarlo íntegro, la patriota sagaz me contesta, previendo el daño que ciertas apreciaciones acerca de los hombres que figuraron, y que aún viven, pudieran ocasionar á la causa sublime, que está por sobre los pecados naturales en todo ser humano, y las discusiones enojosas y apasionadas que surgirían: "Hasta de aquí á muchos años no se puede dar á luz, entero, cuando hayan desaparecido de la escena los que participaron activamente en la lucha del 68."

De cuando escribía Mora, con creyón de dibujo por la escasez de tinta y en forma de notas por la carencia de papel, de 1872, son los párrafos en que seguimos su vida desconsoladora, cuando se pasaba una semana sin comer carne, y al fin lograron obtener de caballo para dos días; y después para mitigar el hambre, en medio de "la caza más abundante, las palomas torcaces, las codornices, las perdices, que provocan el hambre y que no podemos cazar: la poca pólvora la necesitamos para el enemigo; por otra parte, un tiro, rodeado

como nos hallamos, sería echarnos encima una contra-guerrilla, que asesinaría á la gente indefensa''; no encontraban sino mangos cimarrones, ó raspaduras, ''las raspaduras que tenía me las han robado: me quedo sin nada. El ladrón es un niño de doce años, más hambriento que yo. ¡Tirano! Si hubiese compartido conmigo!'', y sinembargo, al presentársele Garrido y Urbina con una familia hambrienta, extenuada, él compartía con ella su miseria: ''¡Hemos comido de una sola jutía, es decir, tomamos caldo sin sal veinticinco personas!''

Así va contando, sin exageraciones, sus intimidades: su existencia de salvaje, las úlceras epidémicas que le imposibilitan la marcha, las angustias de su albergue en la maldita cueva, viviendo como las alimañas, la fiebre cebándose en su cuerpo, las lluvias primaverales y las plagas de mosquitos atormentándole, débil, abatido, sin recursos, sin esperanzas; nos compenetramos con sus sufrimientos, admiramos aquel hombre que exclamaba, después de doce días sin comer: ''El hambre no tiene fé en el triunfo'' y que, sinembargo, se conserva incólume: ''Hemos llegados á los cuatro años de guerra, y aún vivimos y tenemos energía y constancia. La lucha ha de ser larga: el que sobre-

viva gozará de la libertad, si vence; y si sucumbimos, del destierro y de la vergüenza.''

Los atropellos de las fuerzas españoles quedan consignados en las cuartillas desiguales; Mora se olvida de su persona para llenarlas de datos acusadores: ''Domingo 27 de mayo de 1872.—Los detalles que me ha suministrado el postillón Juan Torres de las operaciones del enemigo son horribles. Asaltan las familias, las asesinan, las roban, y así cumplen las instrucciones que tienen. Se ignora de qué campamento han salido; pero es cierto que entre los asesinatos cometidos aparecen los de la madre de familia Mercedes Hernández, esposa del ex-prefecto Nieves Sánchez, y la madre del teniente coronel Camilo Sánchez. Además asesinaron á los hijos de esa desgraciada mujer, Juan de Mata y Diego Nieves. ¡Pobre familia! Destruida en un momento, por la saña de esos bandidos, feroces enemigos, á quienes ni el tiempo ni la critíca contienen. Otros asesinatos han cometido, pero no ha sido posible recoger los nombres de esas víctimas. En esa excursión asaltaron la casa del prefecto Telésforo Abel, en donde hicieron prisionero al secretario del prefecto de Palma Soriano, al pobre Juan González, asaltaron la casa de Wenceslao

Sisable y hecha prisionera toda la familia. Han recorrido impunemente toda esta parte de Río Arriba, sin recibir un solo tiro. ¿Y con estos elementos podremos resistir y sostenernos si no nos mandan auxilio los cubanos que están en el exterior? ¡Pobres víctimas las que estamos sosteniendo el honor y la libertad de Cuba!"

El 1.° de junio de 1872: "En el Mijial asesinaron, después de haberla violado, á Juana Gregoria Torres; también á su niño de pocos meses. El total de asesinatos cometidos en Cauto, desde el 8 de mayo hasta el 28, fueron de trece mujeres y once niños. En Estancia Grande mataron á tres mujeres y una niña de ocho años." ¿Acaso es de extrañar que cuando, como él decía, "todo se va concluyendo, y las esperanzas de que nos envíen algo, casi las vamos perdiendo," prorumpiera en acusaciones amargas contra los emigrados?: "Hemos llegado á la mitad del año de 1872, y las cosas continúan lo mismo. Nada ha variado. Los españoles, dueños de la ciudades y de los fuertes, de la parte más rica y productiva de Occidente, y los independientes metidos en los montes, sin armas ni pertrechos, sin tener que comer, pero llenos de abnegación y energía para continuar la obra. Mien-

tras tanto, ¿qué hacen las cubanos ricos en New York? Gozar alegremente de sus capitales y llamarse patriotas.''



En setiembre se olvida de sus achaques; ha llegado al cuartel general de Calixto García, donde se encontraban el Marqués, Perez Trujillo, Bartolomé Masso, el Dr. Julio Figueredo y otros amigos. ¿Qué le importan ahora las calenturas si está lleno de contento y la campaña activa le curará? De su Diario, en que sigue paso á paso las enérgicas operaciones del ilustre Mayor General son estas páginas:

''Setiembre 24.—El día de hoy ha sido de alegría, pues un reconocimiento hecho sobre Baraguá ha in formado que ha sido abandonado por los españoles. Imposible parece que un punto tan importante haya sido abandonado por el enemigo, cuando está en la inmediación del camino de Cuba á Holguín, y gober naba además una comarca de más de 30 leguas. Ese abandono es una victoria para los cubanos.

25.—Con el objeto de gozar en Baraguá del aire libre y de una perspectiva magnífica, nos trasladamos allí, y permanecimos todo el día y la noche.

26.—Dejamos á Baraguá á causa de un mal informe, y nos acampamos en el caserío de Cuba.

27.—Dejamos nuestro campamento y hacemos una marcha de 13 leguas hasta el Caobal.

28.—Se presentaron 300 enemigos á legua y media del campamento. Wenceslao Saladrigas, con 30 hombres, salió á contenerlos, pues si era verdad que Calixto García podía disponer de más gente, no quiso gastar el parque y dió orden de retirada.

Lunes 30.—Con el borrador de los partes de la división de Holguín á la vista, puedo anotar algunos hechos de armas, suprimiendo los de Francisco de Varona, porque los de este jefe no tienen la veracidad que se requiere.

El 20 de junio, en el Rejondón de Guaramos, asaltó el enemigo, siendo rechazado, y dejó en el campo 115 cadáveres, 14 rifles, 14,000 cápsulas, y fué hecho prisionero el teniente José Martínez del Castillo, con 10 soldados que fueron fusilados.

El 30 de julio atacaron á Samá siendo el resultado de la acción 60 muertos, 30 prisioneros que fueron fusilados, 200 reses, 100 caballos, 500 tercios de tabaco. El caserío fué incendiado. Por nuestra parte

tuvimos 4 muertos y 10 heridos, entre los que se hallaba el comandante Leite Vidal.

Octubre 4.—Preparados para recibir el enemigo pasamos el día. Se dispuso de la mitad de la gente para destruir la línea telegráfica, lo cual se efectuó felizmente, á pesar de algunos tiros que se cruzaron con el enémigo. Dejamos á Zarza Gorda, y para desorientar al enemigo contramarchamos al alto del Jigüí en Aguacate, en donde permanecimos hasta el 8 de octubre, para preparar víveres. Aquí he sabido la muerte de Rafael Morales.

Continuamos la marcha y acampamos en la Torcaza, punto histórico para la fuerza de Holguín por haber rechazado allí al enemigo que trató de sorprender su campamento. En el alto que hicimos allí pasé á Cambute para ver al Presidente. Lo encontré en el mismo estado de siempre, animado y esperanzado en el triunfo de la revolución. Leí la carta de Ramón Céspedes respecto al viaje de Aguilera á Francia. No creo á España aún en estado de entrar en tratos con los insurrectos cubanos para su independencia.

8 de octubre del 72.—Las fuerzas principian á maliciar el proyecto de su jefe. He atravesado el río

Contramaestre que divide las jurisdicciones de Jiguaní y Cuba. El río Mogote es una gran posición militar por la parte montuosa de Jiguaní. Acampamos en el Mogote. Los caminos que hemos atravesado son impracticables: sin embargo, debo confesar que los españoles han arreglado la loma de Yaguita que mide 300 varas de altura.

Juéves 17 de octubre.—Con el aviso que dió Santiesteban salimos á la Caridad, y allí descubrió García su intento de atacar al poblado de Guisa. Marchamos hacia el pueblo, y á las diez de la noche se rompió el fuego.

El resultado fué quemar parte del poblado, sacar 16 reses, 20 cochinos, 12 caballos y como $300 en ropa. Esto nos costó 3 muertos y 2 heridos.

A las tres de la madrugada se puso en marcha el convoy y llegamos á la Caridad á las ocho de la mañana.

Diciembre 19.—El ataque habia de darse de noche y en hora avanzada. Hizo alto la columna en el Mijial, hasta las diez de la noche, hora en que salió la luna, y se volvió á poner en marcha la división arreglada según el plan convenido.

La marcha se hizo en silencio y á la una de la ma-

drugada entró el batallón de Holguín, anunciando sus primeros disparos que debía de hacer alto la reserva á la orilla del río Marañón, en donde quedaba el hospital de sangre.

Aquellos disparos animaron á la gente, y entró toda la fuerza á ocupar su puesto.

El batallón de Holguín que encontró alguna resistencia, á la media hora de fuego desalojó al enemigo y se apoderó de la casa de Roldán. El cuartel general, con una fuerza de 40 hombres, ocupó su puesto y echó abajo las puertas del almacén de Fuentes, y lo entregó al saqueo de los hombres desarmados, é hizo que lo quemaran. Las fuerzas se entregaron al pillaje y no llegaron á los sitios que se les habían designado, lo que causó gran confusión y desorden, dando lugar á que la operación no tuviera el resultado que se esperaba.

La guarnición era poca, según manifestó la mujer Pepa, que habitaba en una de las casas vecinas del almacén de Fuentes: constaba solamente de un piquete de caballería y de unos 100 infantes.

No pudo salir el plan según se lo había propuesto el jefe, pues el batallón de Jiguaní no solo no marchó al cuartel de caballería, sino que recorriendo las ca-

lles hizo fuego al cuartel general, á pesar de que éste daba la señal convenida, que era la palabra: "Degüello."

Por esta circunstancia pudo la caballería corretear por las calles y causarnos mucho daño. Cuando se entró en Holguín estaba la ciudad tan tranquila, sin centinelas y sin serenos, de suerte que cada batallón pudo haber llegado á su destino sin ningún tropiezo. Dos tiros que se escaparon dieron la alarma aunque no fué tomada en cuenta por el enemigo, pues éste llegó á la plaza al mismo tiempo que nuestra gente.

A las dos de la madrugada se dió la orden de retirada, la que se efectuó en completo desorden.

Amedrentado el enemigo no nos persiguió, y pudo reunirse toda la gente en el río, en donde se organizó un poco.

Los rifleros de García y los de Gómez, que tenían la orden de atacar y saquear la platería de Guillén, efectuaron la orden, dando muerte á dicho Guillén.

Por nuestra parte tuvimos 27 heridos y 8 muertos, entre ellos el teniente coronel José María Peña, joven valiente que días antes había dado el asalto de Mayarí. Por su valor y por su instinto guerrillero estaba llamado á ser el jefe de Holguín.

Un tiro que salió de una ventana nos llevó á este jefe.

No se pueden calcular las pérdidas del enemigo, pero lo muerte de Guillén es de importancia.

Marchamos toda la madrugada y á las once del día acampamos en la Aguada de Camazán, á 5 leguas de Holguín.

El gobierno, que no fué al combate, fué llamado á ese lugar en donde recibió una ovación Cárlos Manuel.

El resultado del asalto de Holguín ha sido nulo. Con 400 hombres se efectuó el asalto, pero las pérdidas sufridas no pueden ser cubiertas. No tenemos reserva.

Sábado 21.—Permanecimos allí para festejar á Carlos Manuel. La prudencia aconseja retirarse para no exponer á los heridos ni al convoy, pero envalentonado García y halagado por Gómez, permaneció hasta el 22 que fuimos atacados por una columna de 800 hombres con dos fuerzas. El Batallón de Cuba la contuvo, y después el de Holguín la atacó, escalonando el resto de las fuerzas hasta Rancho Nuevo para proteger á los heridos y al Gobierno.

El enemigo no avanzó, y se retiró causándonos

diez bajas y la muerte del oficial Diego Pateson, negro, pero valiente.

Enero 9 de 1873.—Se ha recibido aviso de Jesús Pérez, de haber desembarcado Melchor Agüero una expedición en la costa sur. Llegó el día 1.° y fué de 600 hombres, según dicen en el parte. Añaden que está salvada. Esto mejorará la situación, y podremos emprender algo.

Todas las fuerzas que estaban reunidas marcharán á Cambute para proteger la expedición.

Día 27.—Por fin ha llegado parte del cargamento de la expedición á este lugar. Se sabe que todo el cargamento está en salvo.

Miércoles 26 de febrero.—Ha llegado al campamento Mr. O'Kelly, corresponsal del *Herald*. Es un joven como de 30 años, fuerte, bien educado, emprendedor y atrevido. Escarmentado el gobierno español con Henderson, le negó el pase fuera de sus líneas. Reclamó al Comandante General, brigadier Morales de los Ríos, quien le dejó en libertad. Desde Cuba le acompañó á Tempú uno de nuestros agentes. Manifestó que Morales de los Ríos le había dicho que si lo encontraba entre los insurrectos lo fusilaría considerándole como insurrecto. O'Kelly

desea presenciar un ataque. Asistirá á uno y después irá á ver al Presidente. Me ha pedido una nota de las causas que han obligado á los cubanos á levantarse, lo que han hecho y los principios que han establecido.

Lunes 27.—Se ha dado orden de marchar mañana 3 de mayo 1873. Se levantó el campamento y nos dirigimos á Cañadon; allí acampamos á las 12. A las 5 y media de la tarde marchó hacia Jiguaní el 1er. Batallón de Jiguaní para asaltar el poblado y provocar al enemigo, y hacerle venir hacia el Cañadón, en donde se le esperaba con el resto de la columna, en buenas posiciones. Regresó el 1.° de Jiguaní, después de un asalto en que tuvimos 4 muertos y 5 heridos.

Día 4.—A pesar de la provocación, el enemigo se contentó con venir á reconocernos. García, que quería atraerlo, envió una comisión de 50 hombres armados á extraer algunas reses al potrero de Ignacio Casas. Tirotearon en dicha finca para matar todas las reses que pudieron. Se cogieron varias, y se mataron como 80, pero el enemigo no salió.

Día 5.—Como el objeto de Calixto era que viese Mr. O'Kelly una acción, trató de provocarla nueva-

mente, y con ese objeto envió á Limbano Sánchez con 200 hombres para que matara el ganado que pudiera, quemara la cerca de la finca y el potrero. Desde las 4 se principió la matanza, y el incendio que duró hasta las 10 de la noche. El enemigo no se movió de sus trincheras, de la casa ni del poblado, pero cuando se retiró la gente la atacaron 300 españoles. Duró el encuentro tres cuartos de hora, perdiendo el enemigo 24 hombres, 16 rifles y 3 cornetas. De nuestra parte tuvimos un oficial muerto y 8 heridos, siéndolo de gravedad el capitán Pedro Vazquez.

Día 6.—Se esperó al enemigo hasta las 12 del día, y como los exploradores manifestaron que no había ningún movimiento en el poblado, abandonamos el Cañadón.

***

De una carta dirigida á Anita por Ignacio Mora es la interesante descripción de la toma de Auras por las fuerzas al mando del Mayor General Calixto García, y que damos á continuación en la seguridad de que nuestros lectores acogerán complacidos este relato:



CALIXTO GARCIA IÑIGUEZ.

"Auras, es un caserío situado á igual distancia en la carretera de Holguín á Jibara, y en cuya circunferencia de tres leguas, existen casas y buenas habitaciones. Esa parte de la jurisdicción de Holguín está defendida por fuertes y campamentos españoles, cuyas guarniciones son numerosas.

La invasión de ese caserío había sido el sueño dorado de los jefes; pero circunstancias imposibles de

vencer se lo habían impedido hasta el presente, por lo cual el enemigo se había envalentonado, y se vanagloriaba de que ningún insurrecto se había atrevido presentarse en él. Los habitantes de esa comarca eran todos isleños y peninsulares; es decir, voluntarios, ricos y enemigos de los cubanos; pues bien, ese ha sido el terreno escogido por Calixto García, Jefe Militar de Oriente, para abrir la campaña de 1873.

Reunidos los batallones de Holguín, Jiguaní, algunas fuerzas de Guantánamo y dos compañías de las de Cambute, en la orilla del Cauto, se emprendió la marcha el 5 de abril, sin que nadie conociera el objeto de ella. El 8 estábamos acampados en el Guayabal, á 3 leguas de Holguín, é ignorábamos aún cuál era el plan, cuando la orden general del día indicó que el ataque era sobre Auras. Unos cuantos artículos de esa orden, harán ver las modificacioues que hacemos ya en la guerra. Hélos aquí:

«Todo el que en la marcha se desvíe del camino para entrar en ranchos, coger animales, viandas, etc., antes de dar la orden general para ello, será fusilado.

«Todo el que extrajese mujeres de los lugares porque vamos á atravesar, en no siendo á su madre, esposa, hijas ó hermanas, será fusilado.

«Se prohibe *matar á ningun cubano,* á menos que no sea en defensa justa.

«Todo prisionero cubano que se haga, será puesto á disposición del jefe.

«Será castigado severamente el que maltratase mujeres, niños y ancianos.»

Estas disposiciones son los documentos más satisfactorios de lo que es hoy el ejército cubano.

El 9 se emprendió la marcha. El silencio, el paso contínuo, acompasado y misterioso, era la señal de un asalto, de esos asaltos tan temibles en que la sorpresa suple al número.

A las dos de la madrugada un ¿quién vive? seco y terrible nos anunció que estábamos en Auras.

A ese ¿quién vive? respondió uua descarga cerrada y el grito de: ¡viva Cuba libre! repetido por toda la fuerza, fué la señal de que el fuerte de la barranca izquierda del arroyo de Auras había sido tomado.

Como cada jefe de batallón tenía sus instrucciones, cada cual ocupó su posición, y aunque el fuego continuó, fué débil cesando á los pocos momentos.

De una casa solamente seguían haciéndonos fuego. Era la habitación de uno de los mayores enemigos de los cubanos; el magnífico establecimiento de un tal

Argudín. Por ella principió el saqueo, haciéndose general en todo el poblado.

A las cuatro no existía Auras.

No describiré lo que es el incendio de un poblado, porque tu presenciastes el de Guáimaro.

A las cuatro y media continuó la marcha, pero ¡qué marcha!

Cargados los hombres con un rico botín continuamos por el camino de Basalla, quemando, asolando los sembrados á derecha é izquierda del camino, y nos amaneció en el río Cocaguguin.

Ni el peso de los jolongos cargados, ni las leguas andadas desde el Guayabal, entibiaban la actividad de los destacamentos encargados de incendiar y destruir

Y el sol principiaba á iluminar la marcha de los nuevos Atilas, pero Atilas del derecho, cuando recordé que estábamos á 10 y que era jueves. ¡Jueves Santo! ¡Qué coincidencia! El martirio de la Cruz por la redención del género humano. La desolación de Cuba para su regeneración política.

El 14 nos encontramos con el enemigo, al atravesar el camino de las Tunas á Holguín, y al romper el fuego, la vanguardia lo sostuvo solamente por espacio de

un cuarto de hora, dejándonos siete muertos. Se le hicieron varios prisioneros y se le ocuparon algunas armas.

El 19 llegamos al punto de partida, ó sea á la Vega de Don Marcos. Para que te puedas formar una idea de las operaciones, te diré que desde el 9 al 19 hemos andado ochenta leguas. Salimos por el Este retornando por el Oeste: formamos un círculo.

Esta marcha penosa por la escasez de agua, fué abundante en víveres. Teníamos arroz, pan, carne, tocino, vino: en fin, puede decirse que fué un paseo militar.

Los nombres de los dueños de los establecimientos que fueron destruidos son: el de Argudín, el de Roldan, Primitivo Santiestéban, J. María Serrano y otros.

La pérdida es incalculable.

La factura que Silva y Rodriguez le habían mandado en noviembre á Argudín, acusaba por efectos remitidos á éste un valor de $62,004.

No creo necesario encarecer de nuevo la importancia y alta significación que tiene esta operación, y la tiene, porque destruida la riqueza de Auras se imposibilita el pago de la contribución; sobre todo en los

momentos críticos de la recolección de las cosechas y del pago del trimestre.

En Auras se tomaron 22,000 tiros, 40 rifles, 50 caballos y gran número de reses.''



Con fecha del 11 de junio del 73 escribe Mora en su Diario: « El correo que ha llegado del Camagüey confirma la noticia de la muerte de Ignacio Agramonte; oficialmente la han comunicado Julio Sanguily y F. Sánchez.» Después siguen hechos relacionados con personas que viven aún y juicios acerca de ellas, que no ha creído Anita conducente publicar en la actualidad. Más adelante faltan muchas hojas que se refieren probablemente al camagüeyano inmortal que cayó en Jimaguayú; empero, incompleta como está, la apreciación de Ignacio Mora sobre el caudillo no deja de ser de gran mérito, como se podrá juzgar por estas pocas líneas que se han conservado: . . . . « ese hombre que no dejó de tener sus caprichos y que no modificó su temperamento, faltó en la mejor época; en la que pudo recoger el fruto de su trabajo. En efecto, Ignacio Agramonte á fuerza de constancia y de estudio, hizo soldados á los cama-

güeyanos, y les imprimió el amor á la disciplina, al orden y á la moralidad. Estudió la táctica del Marqués del Duero, y sirviéndose de los moldes españoles, formó hojas de servicio que pueden figurar en los archivos de los mejores ejércitos. De una voluntad de hierro para todo lo que se proponía, militares hizo á los hombres que mandaba; pero de la escuela francesa, es decir, inteligentes, finos, amables y de gran energía.

Sus estudios habían sido los de la ciencia y los del derecho. Fácil para expresar sus ideas, dominaba completamente á sus amigos y condiscípulos, de los cuales hacía lo que quería. Su educación pública la hizo en medio de las vicisitudes del año 1871. En aquella época en que todavía no tenía sueños de gran hombre, daba rienda suelta á su carácter altivo, orgulloso y exasperado; pero las presentaciones y las desafecciones que experimentó, le hicieron cambiar de modo de ser, trasformándolo hasta el extremo que á su muerte un sentimiento general de dolor se esparció en todo el Camagüey, y aún hoy se le echa de menos.»

***

Del Presidente, Carlos Manuel de Céspedes, se ex-

presaba en estos términos, en la carta que envió á Anita, fechada en la Somanta, con motivo de la deposición del padre de la patria:

"La Somanta (Cuba) 30 de Octubre de 1873.

ANITA:

Grandes y graves acontecimientos han tenido lugar en nuestro país, y es muy probable que los comentarios de los españoles produzcan en el ánimo de los emigrados sospechas de que queremos devorarnos, y dar el triste espectáculo de que somos los hijos de aquellos que no dieron á la América latina sino las discordias, y las preocupaciones religiosas y políticas.

Para no tener que deplorar las funestísimas consecuencias de pueriles suposiciones, y de fantasma de disolución social de nuestra república, con que los enemigos de ella nos presentarán al mundo, te narraré el acontecimiento político del 27 de octubre, que fué grave, pero que pasó como una transición en la vida de los pueblos libres: un cambio, nada más.

Hacía tiempo que la atmósfera política de Carlos Manuel de Céspedes se cargaba de nubes que debían descargar sobre su administración, en cuanto la Cámara de Representantes se reuniera. Todos presentíamos la tormenta: sin embargo, la nave seguía su rumbo hacia

la independencia, sin ocuparse de la nube que se veía en el horizonte. El choque era *inevitable, pero seguro.*

El Ejecutivo, fundándose en la ley del 21 de abril de 1869, y en el último acuerdo que tuvo la Cámara el 10 de mayo de 1872 ántes de recesarse, trató de centralizar todos los poderes, y en su consecuencia legisló según la inspiración de sus deseos.

Casi todo lo removió, y hasta se metió en el poder judicial que era lo que más prohibido tenía, pues ni la ley de 21 de abril, ni los diferentes acuerdos que se habían tomado autorizaban esa determinación. Los preparativos para el choque se hacían con calma y patriotismo.

El Ejecutivo, sin variar en su idea de conseguir el triunfo de independizar á Cuba por medio de la centralización, y el Legislativo, con el mismo objeto, pero bajo la fórmula democrática, y según el pacto del 10 de abril de 1869. La forma era la cuestión; pero de esta forma debía de salir el fondo para el porvenir.

El mensaje que dirigió el Ejecutivo á la Cámara no satisfizo á sus miembros, y desde ese día principió á prepararse la crisis que debía cesar el 27 de octubre.

Puestos de acuerdo los Representantes se reunieron en el campamento del Bijagual, y como se esperaba algo extraordinario, la concurrencia fué numerosa.

El malestar era general é indicaba una sesión histó-

rica y trascendental, puesto que la causa que la motivaba era la de deponer al hombre que sin más recursos que su voluntad de hierro, había sido el *atrevido* que en Yara dijo: "Cuba es independiente porque quiere y puede."

A ese hombre que había arrastrado á millares de cubanos á tener dignidad y honor; á ese hombre que representa la Revolución, que se ha puesto en contacto con todos los hombres libres por su alzamiento; con todos los gobiernos libres por su energía y constancia; en fin, al hombre que ha hecho del pobre pueblo de Yara un símbolo, una idea, una redención. ¡Terrible situación!

Los representantes estaban graves y afectados. La voz del Secretario del Congreso resonaba en los oidos de los asistentes como el lúgubre sonido de una campana que advierte la agonía de un hombre.

La lectura del acta concluyó, y se podían contar los latidos de aquellos corazones, que á nombre, y como representantes del pueblo de Cuba, iban á inutilizar al primer independiente; al primer ciudadano de Cuba.

La voz del diputado Pérez Trujillo se hizo oir, y las últimas palabras de su proposición fueron pronunciadas con voz sonora, pero pálido el rostro y trémulas las manos.

"Propongo, dijo, que la Cámara de representantes,

en uso de las facultades que le concede el artículo 9º de la Constitución, deponga á Carlos Manuel de Céspedes del cargo de Presidente de la República!"

Tomás Estrada apoyó la proposición con graves cargos de haber barrenado la Constitución el Presidente de la República, sobre el derecho de petición que tiene cada ciudadano, y haber erigido una dictadura judicial, cuando estaba expresamente prohibido por el artículo 22 de la Constitución.

Sucesivamente fueron tomando la palabra Machado, Fornaris, Sportuno, Marcos García, Rodríguez y Luís Victoriano Betancourt. Todos hicieron cargos contra la administración de Céspedes, y todos votaron por la deposición, excepto Salvador Cisneros Betancourt, que como Presidente se abstuvo.

Aceptada la proposición y votada la deposición fué necesario darle un sucesor al Ejecutivo, y como ley del 13 de abril de 1872 señala quien debe encargarse de la administración, fué elegido Presidente interino de la República el que era pocos minutos antes Presidente de la Cámara.

Carlos Manuel de Céspedes ha sido depuesto del cargo de Presidente de la República, no por haber faltado á su propósito, ni á la idea de independizar á Cuba; ha sido depuesto por haber violado la Constitución. Su personalidad no ha sido vituperada, el respeto que me-

rece su nombre y las consideraciones á que se ha hecho acreedor, han sido la causa de que se procediese con tanta gravedad en el asunto.

El acto solemne que se ha verificado no requería aplausos, pues no era el triunfo de una opinión política, de un partido sobre otro, sino la victoria de la democracia sobre el sistema de la centralización.

El principio destructor de las libertades individuales es la centralización y ese mal lo persigue la democracia. Puesto al frente uno de otro, en nuestra sociedad, representado el primero por Céspedes y el segundo por la Cámara, venció ésta porque tenía el derecho; Céspedes ha obedecido el acuerdo, y con su conducta digna, ha dado una prueba de su amor á la libertad y á la patria; él no ha sucumbido, ha hecho una parada en la carrera que emprendió para continuar, quizás, trabajando por el triunfo de la bandera del 10 de octubre.

Después de este último acontecimiento, todo es mezquino. Cuando triunfa el derecho, la fuerza pega mal, pero como tenemos que usar de ella para oponernos á un enemigo tan superior, te narraré á vuela pluma, el célebre combate que tuvo lugar el 26 de setiembre en Santa María, ó sea en la línea occidental de Holguín. Fué una brillante acción, que ocupará una página en la Historia de Cuba.

No voy á describirte el combate, y solo te diré que la

columna enemiga fué destruída; que cayeron en nuestro poder todos los jefes y oficiales, incluso el coronel Gómez Diéguez. Dejaron trescientos cincuenta muertos, y en fin, todo. Los prisioneros fueron perdonados, y Gómez Diéguez recibió la cura de intención de sus tres heridas, con esmero; murió á los siete días en uno de nuestros hospitales, si no con la conciencia del justo, con la certeza al menos de que sus enemigos eran humanos, civilizados y dignos.

Los ataques de Nuevitas y Santa Cruz han conmovido al Camagüey, y la entrega del campamento de la Zanja (Tunas) nos han valido más que una expedición; cien mil cápsulas son una parte del botín.

Hoy estamos todos juntos, y la buena amistad en la administración pasada y la presente, prueban que en política se combaten los sistemas, sin que por eso dejen de respetarse y estimarse los hombres.

IGNACIO MORA."

* * *

11 de marzo, 1874.—Ha circulado la noticia con visos de verdad, de que Carlos Manuel ha caído en poder del enemigo. La noticia ha estallado como una bomba en el campamento.

La vida del hombre de Yara era un deber que todos teníamos en..... conservarla, de modo que el campamento está triste, y esa tristeza hizo explosión en una sesión que celebró anoche la Cámara. Su Presidente interpeló al Gobierno por el abandono en que había dejado á Carlos Manuel. El cargo era injusto. La administración, por medio de un mensaje, consultó al Cuerpo Legislativo,—cuyo documento redacté yo,—sobre la conducta que se debía observar con el que fué el primero en Cuba; y la Cámara eludió la responsabilidad, contestando que la administración procedía con entera libertad. Esta lo dejó, pues, con su hijo y su cuñado en el campamento de la Somanta, con una guarnición de doce hombres. Era improcedente la interpelación, y si tuvo lugar fué como un grito de dolor. Nada se sabe oficialmente, de modo que es prematura la idea.

* * *

El 24 de marzo de 1894 escribía Ignacio Mora á su esposa la siguiente carta, en que le daba cuenta de la magnífica batalla de las Guásimas dirigida por el invicto general Máximo Gómez, batalla que duró

cinco días y que es una de las páginas más brillantes en la carrera militar del dominicano á quien Cuba debe y agradece tanto:

"Jimaguayú, 24 de marzo de 1874.

La data de esta carta te denuncia, mi Anita, que nos hallamos acampados en la antigua hacienda de tu padre, (q. e. p. d.), y que aquí, quizás en el mismo sitio en que te escribo, murió un hombre, pero un hombre en el sentido más lato de la palabra: hablo de Ignacio Agramonte, de aquel joven que supo sobreponerse á sus compañeros y que murió querido de todos y respetado de sus enemigos. Este recuerdo no es sino la expresión de mi admiración por el ídolo de los camagüeyanos.

Ya que fecho esta carta en Jimaguayú, es natural que te diga por qué nos hallamos aquí. Habiendo batido al enemigo en las Guásimas, finca que fué también de tu padre, debíamos reposar de las fatigas de cinco días de rudos combates en los alrededores del campo en que se ha dado la acción más gloriosa y brillante de las cinco años que llevamos de guerra.

Mil trescientos hombres han batido á tres mil españoles en campo abierto con solo dos armas, infantería y caballería, logrando encerrarlos en un espacio de trescientos cordeles, en donde permanecieron tres días su-

getos á todos los rigores de nuestro clima y, sobre todo, al trrible de la estación y á la falta del agua.

Mezclados los heridos con los muertos, los caballos con el grueso de la columna, no podían salir del estrecho círculo á que se hallaban reducidos sin encontrar, el que se aventuraba á adelantar un paso, la muerte segura.

Acampada una parte de la división del Camagüey en la orilla izquierda del río de San Pedro-Antón, se tuvo noticia de que el enemigo se hallaba en Jagüey camino de San Podro. A pesar de que el aviso decía que la columna era grande, no se dió contra-orden y se emprendió la marcha hacia las Guásimas, itinerario marcado en la orden del día.

Todos esperaban el encuentro, pues el camino que debíamos seguir era exactamente por el que venía el enemigo.

A las nueve de la mañana del 15, hicimos alto en uno de los cuartones del potrero, y desde allí se envió una sección de caballería para que esploraran y tiroteasen al enemigo.

Esta sección se encontró con las avanzadas enemigas entre San Francisco y Santa Justa; allí principió una escaramuza con la vanguardia de caballería.

Envalentonados los españoles por el corto número de los nuestros, cargaron con ímpetu sobre los explorado-

res y éstos, maniobrando con destreza, fueron atrayendo al enemigo que temerariamente continuaba cargándoles hasta que llegaron á nuestras líneas, en donde á su vez fueron atacados por la caballería del Camagüey. Esta carga fué tan ruda, que al primer choque volvió grupas la caballería enemiga, compuesta de más 300 ginetes. En esa retirada fué cuando sufrió, si no una derrota completa, al menos una desorganización verdadera.

En este primer encuentro el terrible machete hizo un desastroso efecto: 33 cadáveres quedaron en el campo. De nuestra parte un cubano solamente pereció: los cubanos son mejores ginetes que los españoles, y como la caballería enemiga al volver bridas perdió el equilibrio, le fué fácil al camapüyano aprovecharse del tumulto y á machetazos limpiar el obstáculo que se le oponía á la ligereza de sus corceles.

Mientras la caballería enemiga chocaba con la nuestra, la infantería y artillería españolas avanzaban á paso de carga para proteger á su caballería, dando lugar á que un batallón flanqueara por la derecha nuestra línea izquierda; pero allí se encontró con una muralla de hierro: la infantería de Oriente, que no sólo rechazó á los flanqueadores, sino que avanzó hasta meterlos en las líneas de donde habían salido.

Sorprendido el enemigo al verse atacado por el fren-

te, derecha é izquierda y con su caballería derrotada, resguardado por la artillería, se formó en un gran cuadro, ó mejor, en un sólido, desde donde, vomitando fuego, obligó á nuestra caballería á replegarse dejando al cargo de los infantes el contenerlos, no permitiéndoles dar ni un paso fuera de la línea á que se habían retirado. Como las cargas de caballería y las descargas de los nuestros caían sobre aquella masa, hacían inmensos claros en el enemigo, éste se retiró hacia unas represas, como á un kilómetro de distancia del lugar de la acción, y desde allí principió á atrincherarse, hacinando montones de cadáveres, tanto de hombres como de caballos.

La situación era crítica: así lo comprendió Gómez que dispuso sitiarlos. Esta medida hizo insoportable la situación del enemigo.

Amaneció el día 19, y ambos ejércitos guardaban sus respectivas posiciones.

No trataré de narrarte las peripecias de la noche, ni los dichos que de ambas partes se dirigían los centinelas; pero sí te haré notar que después de una bufonada de mal género, se oían tiros que revelaban un hombre menos de una ú otra parte.

Las descargas de artillería y de fusilería incesantes todo el día 16, y como no era posible que los españoles saliesen de sus trincheras, les fué necesario, en las pri-

meras horas de la noche, despedir gran parte de su caballería con dos objetos: salvarla á costa de algunas pérdidas y pedir socorro. Pudo romper el sitio esa caballería, dejándonos muchas carabinas y sables, y sembrando el camino por donde se retiró de armas y caballos, sin cuidarse de la dignidad de su cuerpo, que venía precedido de una alta reputación de valiente.

El enemigo estaba encerrado en un pequeño espacio de terreno, y en ese terreno no solo tenía el hospital de sangre y el cementerio, sino que allí mismo se veía obligado á arrojar los caballos muertos y á hacer el depósito de todas sus necesidades.

Todo estaba confundido, y el agua que podía aliviar un tanto la sed de los heridos, no la había, pues aunque tenían una represa, el agua estaba corrompida y las miasmas que despedía eran perjudiciales á los que aspiraban esa atmósfera.

Esa situación duró cuatro días. El 19 llegó el refuerzo que esperaban. No á las Guásimas, pues no pudo pasar de Jimaguayú. El refuerzo se componía de 2,000 hombres; pero como para contener á los españoles no se necesitan grandes columnas, fueron bastantes dos escuadrones de caballería.

No vayas á exclamar: "¡Baladronada de patriota!" No; la prueba la tienes en que desde octubre del 68 estamos luchando unos pocos cubanos contra un ejército

de 80,000 hombres, sin contar los voluntarios y los marinos.

Los cinco días de combate han dado por resultado: á los españoles, probarles que son impotentes para sofocar la revolución, y que sea cual fuere el número de soldados que ponga en operación, no serán sino los auxiliadores de nuestro triunfo, puesto que son las sanguijuelas del impuesto, y éstos serán la ruina de España.

Nuestras bajas han sido 177, de los cuales han muerto 37. Las del enemigo no es posible calcularla, pero solamente entre la trinchera y el campo de la acción hemos contado 33 y 7 que abandonaron en el camino. Cuando se retiraron dejaron ardiendo una gran pira. ¡Multitud de cadáveres convertidos en ceniza en aquella hoguera que tenía seis varas de ancho por ocho de largo!

Según los informes que se han recibido, el jefe de la columna española era Acosta Alvear. No es de extrañar que sea él. Derrotado en las Yeguas por 60 patriotas á fines del 68, ha recibido hoy, á principios del 74, una terrible lección de los cubanos, lección que no le aprovechará porque él está destinado á representar el papel más odioso en la historia de Cuba.

Si le preguntas si es español ó cubano, no lo sabe: no es ni conservador ni revolucionario. En su cerebro no ha entrado aún la idea de la libertad, y se apoya en

la integridad nacional para obtener una faja que debe pagar más tarde el Ingenio Mapó que le trajo en dote un matrimonio de conveniencia.

¿Qué dirán ahora nuestros enemigos? En el mismo lugar en que hace diez meses una bala enemiga cortó el hilo de la vida de Ignacio Agramonte, en ese mismo lugar se han derrotado dos columnas españolas y uno de sus jefes principales perdió la vida.

La desaparición de Ignacio ni ha retardado la marcha progresiva del movimiento, ni ha dejado un vacío que llenar. Todo está bien porque no hay aspiraciones personales, todos representan una idea y la idea no es un individuo.

. . . .

Tu IGNACIO."

***

A propósito de la invasión de las Villas, que tantas dificultades encontró en su realización, dice en su Diario, con fecha 1.° de abril de 1874:

"Como la división del Camagüey ha sido siempre la que ha tenido mejor organización, y como su oficialidad es la más instruída, se ha resentido muchísimo el contingente de Oriente de la disciplina que se ha querido dar en los campamentos, que siente mu-

cho la manera de cómo se procede aquí, y no pudiendo demostrar de otro modo su descontento, se ha valido de la tardanza natural que ha tenido que sufrir la expedición de las Villas, á causa de los combates en Naranjo y Jimaguayú, ó sea el de las Guásimas. Los representantes, ó algunos de ellos, que han aspirado siempre á manejar la administración, lo que no lograron en la de Céspedes, y que se creen con derecho en la de Cisneros, á pesar de que en su oposición á la anterior administración modificaron la ley de organización militar; digo, que hoy no quieren la unión del ejército, sino que localizándolo todo, tratan de imponerle al gobierno que devuelva á Oriente su contingente, hasta que se resuelva definitivamente la expedición. Esta manera de proceder delata, bien á las claras, que no hay fijeza sino una ligereza en todo y por todo.

Las expresiones vertidas por T. Estrada en el mismo pabellón del Ejecutivo, es la práctica más evidente de lo que acabo de asentar: "Nuestro ejército no "es, ni puede tener una organización como la de las "otras naciones. No son máquinas para ayudar am-"biciones, sino padres de familia que tienen que "atender y cuidar de éstas."

Este lenguaje inconveniente ha sido sostenido por la generalidad de los Representantes; y esta ligereza ha dado lugar á que los de Oriente exijan su retorno. Oriente que es la retirada general de la insurrección, no necesita tener grandes fuerzas allí: todas deben venir al Camagüey para operar aquí y para proteger de este modo la invasión de las Villas. Si el gobierno no toma esta medida, morirá de consunción la revolución, pues sin recibir recursos del exterior, sin poder reponer las bajas, pronto, muy pronto, concluirá el ejército.

A pesar de esta situación, y á pesar de que todos lo conocen, se hacen cosas como si estuviésemos en plena situación de vencedores: se reune el gobierno y manda levantar un monumento á Ignacio Agramonte en el mismo lugar en que fué muerto el 11 de mayo de 1873, en Jimaguayú. Se levanta una acta, se encierra en una botella, y cavando en el lugar indicado por los prácticos, Ramón y Pascual Agüero, se enterró con toda solemnidad . . . .

Después de esta solemnidad se reunió la Cámara en sesión pública para anular el grado de brigadier que se le asignara á Rafael de Quesada . . .

La falta de papel me obliga muchas veces á con-

tener mis reflexiones . . . Quizá perderemos le consuelo único que nos proporciona el sacrificio que hacemos tan voluntariamente por la patria y sin compensación.''

Lleno de temores por el futuro, añade, como grito de angustia:

''Para mí es una gran pena, un dolor. Mi única esperanza, mi solo consuelo es la llegada de la correspondencia; en ella me viene el pensamiento de mi Anita, y sus cartas son el bálsamo á mi natural tristeza . . . ''

***

Después de esos ayes de apasionado dolor, de esas quejas íntimas de un corazón sensible cual ningún otro á las efusiones de la familia, el patriota fervoroso vuelve á ser el historiador veraz de los acontecimientos más notables de la guerra por la independencia, y hay que copiar de su Diario para conocerlo en todos sus admirables arranques:

''10 de octubre de 1874.—¡Diez de octubre! Memorable fecha para la isla de Cuba y para la dominación española en ella! El 10 de octubre de 1868 se decidió en Yara la gran cuestión de si podría Cuba sostener una guerra con España, y los seis años

transcurridos han probado no solo que podía hacerse con ventaja, sino vencerla; pero para lograrlo era necesario que los cubanos aceptasen la guerra y pusieran de su parte cuanto les fuese posible. No ha sido así: una minoría insignificante y pobre fué la que se levantó, y es la que ha sostenido la guerra. En efecto, desde el año de 1871 en que las operaciones de Valmaceda aterraron á la masa inmensa del pueblo que habitaba en los campos, temiendo los asesinatos de aquellas guerrillas se fueron presentando, y servilmente, á los que asesinaron, ultrajaron y vilipendiaron á sus familias. Aún permanecen entre los españoles, y son testigos de los ultrajes que recibieron esos hombres que sin familias aquí, y sin temor de justas represalias, corrompen la sociedad que tratan de reconstruir.

Si como vista general hemos presentado la reacción que tuvieron los españoles el año de 71, echemos una ojeada sobre los seis años transcurridos, y con la conciencia libre y con el examen de ella, veamos cuál es el aspecto de la revolución.

Sin elementos para sostener el ejército á la ofensiva y sugetos á los recursos que desde el exterior se nos remitan, reducidos los hombres armados á unos 5,000,

no es por cierto ni satisfactorio ni halagüeño el porvenir; es decir, que la guerra está aún en su primer período; pero como la situación topográfica nos favorece, y como las necesidades de los cubanos son la sobriedad y la escasez, no es de temer que se rindan sino que, siempre en pié y amenazadores, esperen más del tiempo que de sus propios recursos.

La emigración, que ha hecho algo, no mucho, se mantiene hoy por hoy en una apatía que da lugar á sospechar que hay abandono. Dividida en dos grupos, éstos se echan en cara mútuamente sus faltas, y se hacen una guerra más perjudicial á la revolución que al enemigo.

Depuesto Carlos Manuel, la facción Aldama reemplazó á la de Quesada y Castillo, pero ni una ni otra han hecho nada. Aldama ha ofrecido y no ha cumplido, á pesar de los once meses y días que lleva el acta de Bijagual. Quesada se ha movido, y volviendo de París á la América del Sur, anuncia en una proclama que con recursos que ha obtenido enviará socorros á Cuba.

Esto en cuanto al exterior, que en cuanto al interior, aunque no hay fracción manifiesta, sin embargo, se notan síntomas alarmantes que pueden ser trascen-

dentales. La parte Oriental está agitada y bastante desmembrada. Aspira á separarse del Camagüey y volver á los primitivos días del 68, pero bajo un Directorio.

La Administración, que no ha podido sobreponerse como cuerpo político y de Estado á una nueva situación que ella misma provocó, se ha dejado guiar por la pasión, y se ha dejado arrebatar por las ideas y ambiciones, ya de un jefe militar, ya de otro; ó bien, y es más seguro, por la Cámara, que es en realidad la que administra.

La desgraciada muerte de Carlos Manuel, de la cual tiene mucha responsabilidad la administración, y el odio con que procedió la Cámara después de su salida, han sido la causa de esa alarma que existe en Oriente.

Es de temerse que, sobre aquella causa, venga á empeorar más la situación la caída de Calixto García en poder del enemigo. Este jefe no tiene quien lo reemplace, y la administración no sabe á quien poner al frente de aquella división que pueda calmar las pasiones agitadas por los allegados de Carlos Manuel deCéspedes.

La falta de pertrechos, y la inacción en que se en-

cuentran aquellos soldados, son también causas que pueden sernos fatales.

Si á éstas se agregan las operaciones del enemigo, y el sistema de proposiciones que ha establecido, son otras tantas causas de que pueda volver una reacción más fatal que la del 71.

También la incomunicación con el extranjero, es síntoma alarmante, sobre todo cuando la política de los españoles es suponer que fatales disenciones nos dividen.

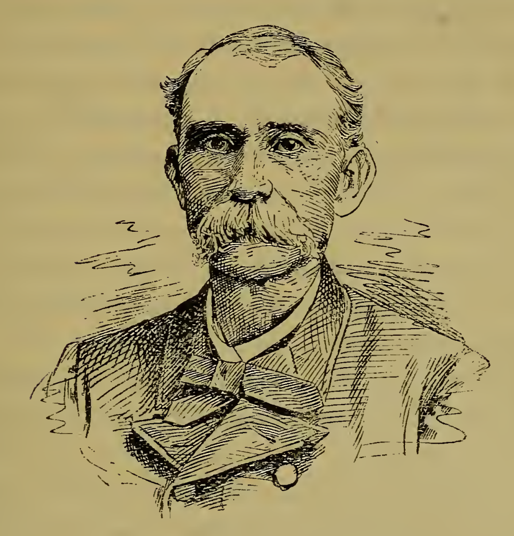
El enemigo, por su parte, se mantiene en una posición espectante, y en vez de operar con actividad organiza y establece una administración financiera, principal objeto del mando de Concha . . . . .

. . . .

. . . .

Noviembre 4 de 1874.—Hace seis años que el Camagüey, para apoyar el movimiento de Yara, se levantó en las Clavellinas. Aquel fué día de alegría: muy pocos pensaron entonces en las lágrimas, en la sangre que á torrente había de correr. Algunos, arrepentidos, se volvieron al enemigo, pero otros quedamos para sostener con honra los derechos y los deberes camagüeyanos en la insurrección.

Enero de 1875.—Gómez, que desde el año pasado tiene en vista como punto objetivo la invasión de las Villas: que no efectuó el paso de la Trocha por los montes de Naranjo y Wasuma; y más que todo, ´por-



EL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

que la Administración, cediendo á un deseo de Calixto García, y olvidando el interés de la invasión, devolvió el contingente de Oriente, bullía en su mente el paso y lo examinaba con frialdad. No encon-

traba la oportunidad y fijaba sus aspiraciones en el único que tenía; el de disponer de las fuerzas del Camagüey y de las Villas, de que era jefe.

Hostigado por la opinión pública, que indicaba debía de haberla cruzado el año pasado, dejaba vislumbrar que no era culpa suya, sino de la Administración; y con objeto de hacer ver que tenía razón, esperó la visita del Gobierno á Oriente, y valiéndose de una comunicación que le dirigiera ésta, anticipó el viaje efectuando la invasión con 200 caballos del Camagüey y parte de las fuerzas de las Villas. Antes de ponerse en marcha tuvo un consejo de oficiales, y les consultó; pero esta consulta era una determinación bajo la forma de un consejo.

El 6 de enero pasó Máximo Gómez la terrible Trocha del Júcaro; es decir, que fué abordada, fué hallada la incógnita.

La formidable línea con sus 5,000 hombres, no detuvo á 500 hombres escasamente. Costó este paso 4 heridos, incluso el jefe: de los heridos solo murió uno.

Descuidada la administración española ha permitido que una fuerza, aguerrida sí, pero corta, lleve al rico territorio de las Villas la devastación y el incen-

dio. Perseguido por los españoles, Gómez evadió los encuentros para dar un golpe que hiciera sentir su presencia de un modo terrible. El 18 de enero asaltó y quemó el poblado del Jíbaro, tomando 153 rifles, 20,000 tiros, 110 caballos y 200 machetes, sin el gran botín de que se aprovecharon, además de 40,000 pesos en oro.

Al incendio del Jíbaro siguió, el 20, el de Río Grande, y si á estas operaciones se añade la entrega del de Naranjo á Bonachea, que también quemó, se puede asegurar que la campaña de las Villas, abre una era de destrucción é incendio en el Departamento Occidental.

Estos triunfos que han dado gran ánimo, no han adelantado, como se pretende, el triunfo de la revolución. Sorprendido el territorio villareño ha sido fácil dar golpes de mano; pero más tarde, si no hay ayuda eficaz y decisiva del exterior, podrá ser que tengamos un retroceso fatal. Estas notas las escribo el 12 de febrero, y callo las ideas que me ocurren por ser conveniente.

La campaña del Camagüey, que abrió tan brillantemente en Naranjo, en febrero del 74 cerró muy mal con los ataques de Cascorro y Montejo. ¿Será

culpa de la dirección que tiene hoy el ejército?

. . . .

Otro crimen: el que cometió la guerrilla en los montes de Tana. La familia de Lino Rivera compuesta de varias jóvenes y niñas de 9 años, las cuales fueron víctimas del desenfreno salvaje de esa canalla. Forzadas las jóvenes por todos los guerrilleros no quedaron satisfechos de su desenfreno sensual, sino que, echándose sobre las niñas de 7 y 9 años, las pusieron en tal estado de postración que aún se resienten y peligran sus vidas.

Junio 10 de 1875.—Mi enfermedad continúa, es decir, la úlcera. El enemigo no ha vuelto á presentarse.



XIV

TERMINA la vida de Ignacio Mora; su muerte se acerca ya; pero antes de describir el coronamiento digno de aquellos años de resignación, de congoja, de triunfo, consignemos una página tierna, trascribamos la última epístola que dirigió á Anita el cubano ferviente impresionado por sus padecimientos, por la ausencia de su amor, impresionado aún más por los sucesos lamentables, indicios de próximas tempestades para la patria.

Camagüey, 29 de Junio de 1875.

Mi Anita: Te hago estos renglones en el día en que el clásico Camagüey, dando al aire el acorde de innumerables orquestas anuncia una fiesta popular.

En este día en que todo se olvida, en que divertirse es la idea principal de todos, hay sin embargo corazones que llevan el luto de grandes ideas y de graves pesares, que ni los acordes ni las harmonías hacen olvidar.

Para la generalidad esos sentimientos son meras preocupaciones, pero para los que como yo tienen el recuerdo del pasado y las desgracias del presente, ni puedo

alegrarme, ni puedo sentir otra cosa que dolores y penas, sí, penas . . .

La ausencia anunciando un porvenir oscuro, sombrío; el presente pronosticando más desgracias, más dolores y más lágrimas.

¡Con qué exordio principio mi conversación epistolar!

El alma que se refleja en todas nuestras acciones no me inspira sino los sentimientos que te he expresado. Sin tí, no puedo estar alegre; sin tu presencia no hay sino sinsabores para mi corazón!

¡Cuánto tiempo sin recibir cartas tuyas! Los días se pasan, las semanas y los meses, y la simpática letra de mi Anita no viene á sacarme de mis pensamientos, y la tristeza continúa y continúa, no porque mi amiga del alma deja de enviarme sus pensamientos más íntimos, sino porque graves acontecimientos han interrumpido las comunicaciones. Y ¿por quién? Oh! por nosotros mismos . . . .

. . . .

Descifrado el párrafo anterior con el nombre que tenemos convenido, comprenderás la razón de no haber recibido mis cartas ni yo las tuyas. Eso mismo te explicará cómo estaré y cómo corre mi imaginación para adivinar lo que está por venir.

Después de tantos sufrimientos, después de haber

planteado la incógnita en su verdadera ecuación, un necio compromete lo que ya brillaba en el horizonte como el deseo satisfecho.

Todo se ha comprometido, todo!

Pero mientras los acontecimientos se disipan; míentras que luchando se despeja el horizonte ennegrecido por gruesos nubarrones, déjame acusarte recibo de la única que he recibido tuya, y es del 20 de febrero . . .

. . . .

No sé si llegará ésta, pero te aseguro que serás la primera que sabrás la historia de los acontecimientos de la Soledad. Este será el nombre que tendrá en la Historia lo que ha sucedido. El Horcón, Bijagual, la Soledad, es la trinidad que será juzgada y comentada en lo porvenir. La envidia nos dió la división: la ambición oculta preparó el terreno, y la necedad, elevándose hasta la presunción, nos ha dado el 20 de abril.

Ahora comprenderás muchas de mis ideas y muchas de mis cartas; ahora adivinarás ciertos pensamientos y ahora te convencerás de lo que te escribía en noviembre y diciembre del 73.

Todo el que no se prepara para marchar y prevenir los acontecimientos, sucumbe.

Te ama mucho tu

IGNACIO.

XV

¡QUÉ desgarradores fueron para Ignacio Mora los tres meses que todavía le restaban de existencia ! Sin embargo nunca se descorazonó ; con estoicismo esperó su fin ; sin lamentarse, sin quejarse, sin abjurar. ¿ Qué le importaba la muerte ? El la había desafiado cuando López, un imberbe casi ; las aguas crecidas del río Saramaguacan, al estallar la revolución, no consiguieron darle sepultura; el veneno traidor del farmacéutico de Guáimaro no logró su intento homicida; los calores, el hambre, la intemperie no lo habían doblegado ; de los combates salía ileso ; durante los siete años cayeron á su alrededor sus compañeros, sus amigos; todos los de su familia perecieron y él quedaba irreductible en medio de sus dolencias ; el cuerpo ulcerado no alcanzaba rendir su alma altiva. Su destino estaba marcado : él debía ser el último Mora que muriera en aquella contienda épica que él había ayudado á preparar.

El 5 de octubre de 1875 se hallaba Ignacio albergado en un rancho de una familia amiga, en Najaza, cerca de la Loma de Monteverde. Estaba enfermo y las llagas en una pierna le alejaban del servicio activo. Ese día convino en abandonar el lugar junto con su fiel compañero Salvador Cisneros Betancourt. La Providencia había decretado que no fuese así. El caballo de Mora amaneció cojo; el viaje se pospuso.

Apenas se marchó el Marqués cuando se presentó una partida de *jíbaros*. Los asistentes acudieron á avisar á Mora.

—Vamos, no tengan miedo, están viendo visiones, le contesta el valeroso Ignacio.

No concluyó las frases cuando el enemigo rodeó la vivienda; los asistentes se escapan milagrosamente; á Mora, sin armas para la defensa é imposibilitado para retirarse, le hicieron prisionero. Atado codo con codo, por breñales, por senderos escabrosos, le llevaron á pié, en cruenta vía crucis, hasta llegar por la noche al potrero de Najaza, allí le exigieron su palabra de que no se escaparía y entonces lo desataron.

El 6 en El Chorrillo, Fernández, que mandaba la fuerza que lo había capturado, hizo entrega de Mora

al jefe de la columna, él entonces comandante Emilio March. Este militar pundonoroso y su oficialidad no pudieron menos que admirar la nobleza y espartana bravura de su víctima: lo trataron con las consideraciones y respeto á que era acreedor por sus méritos; pretendieron salvarlo.

—Es necesario que usted aparezca como presentado, le propuso el jefe.

—Los hombres de mi clase sabemos morir, pero no deshonrarnos, contestó Mora en tono firme y tranquilo.

—Entonces me veré en el caso de fusilarlo, replicó March.

Con la mayor sangre fría respondió el prisionero:

—En eso no hará usted más que cumplir con su deber, y continuó hablando de otras cosas, imperturbable como si no se tratara de su muerte:

¡Cuánto decoro, cuánto valor! March y sus oficiales ante tanto heroísmo, ante aquella hidalguía que no pactaba con nada que pudiese empañarla, celebraban con creciente entusiasmo aquel carácter legendario, enviaron una comisión al comandante general Ampudia comunicándole habían ofrecido la vida á Ignacio Mora. El sangriento esbirro hizo volver

inmediatamente la comisión encargando al jefe de las fuerzas "que no trajese á Mora vivo á Puerto Príncipe porque no quería verse en la necesidad de perdonarle". ¡Cínico verdugo, el cubano de nacimiento, Ampudia!

La capilla de Ignacio Mora fué bien larga, desde el 5 hasta el 14 de octubre. La víspera de la ejecución depositó en manos del comandante March los retratos de su esposa y de sus sobrinos, pidiendo como único favor, que los hicieran llegar á su Anita. En aquellos instantes, al separarse para siempre de las imágenes caras se le nublaron los ojos.

¡Cuán largas le parecieron las primeras horas de su postrera noche, cuán breve las últimas! ¡Cómo volaron pensando en la suerte que le esperaba á Cuba, en los días de luto que su Anita pasaría en el mundo, viuda y patriota, como surgía ante su mente al recordar á sus sobrinos, á sus parientes, las horribles catástrofes ocurridas! Pero Ignacio Mora no flaqueó; lo alentó en esa hora de transfiguración sublime la conciencia de haber cumplido su deber, y moriría fiel á su patria, fiel á su Anita, fiel á su decoro de hombre libre.

El sol brillaba espléndido sobre aquel lugar fatídi-

co, sobre aquel lugar donde en 1871 fué capturada su esposa.

¡ Qué diferente á aquella otra mañana de octubre cuando cabalgaba al lado del general Quesada y sus ayudantes, atravesando las sabanas de Cubitas! ¿Por qué no murió aquel día? La columna enemiga de 500 hombres se había lanzado sobre el pelotón de patriotas : con tan poca gente entrar en acción hubiera sido suicidarse ; bajo el fuego del enemigo el general manda tocar retirada; sin precipitación y disparando se verifica, cuando al volver grupas se espanta el caballo de uno de los ginetes y emprende carrera vertiginosa perdiendo el sombrero. Quesada se detiene en la lluvia de balas y volviéndose hacia sus ayudantes dijo : "Vaya uno á recoger ese sombrero». Ignacio Mora echa pie á tierra, de la brida conduce su caballo, avanza hacia el enemigo, anda diez metros, recoge el sombrero, monta y retrocede á donde lo esperaba Quesada y la escolta que vitoreaba la hazaña milagrosa. Ni un ligero rasguño había recibido el héroe en la granizada de plomo . . . ¿ Por qué no murió aquel día? ¿ Por qué no murió aquella otra mañana espléndida de octubre, y no en la del 14 de octubre de 1874 ?

. . . .

El piquete á las órdenes del oficial Rodríguez Blanco condujo á Mora á unos metros de la vivienda; la marcha fué lúgubre, imponente; más de un militar no tuvo valor de darle la despedida; los soldados iban cabizbajos; el jefe de la columua March había emprendido viaje la víspera para no presenciar el acto; los mismos enemigos reconocían la grandeza del cubano!

Rodríguez Blanco, acusándole la conciencia, pero cumpliendo sus órdenes, mandaba el fuego. El rostro de Ignacio Mora, risueño y como transfigurado, parecía aún más bello, nimbado de rayos de gloria; su cuerpo, demacrado, irguióse; el pecho descubierto aguardaba sereno las balas; sus ojos miraban sin rencor las bocas negras de los rifles asesinos. La orden seca, precisa y temblorosa del oficial español rompió el terrible silencio de aquellos momentos supremos. ¡ La descarga ! . . . Perceptible en ella un sonoro « ¡ Viva la República de Cuba ! »

Y en la tierra, colorada en medio del humo que semejaba incienso santo, yacía sin un soplo de vida Ignacio Mora, el martir del Chorrillo !

. . . .

¡ Cuando sus compañeros encontraron el cadaver insepulto, había sobre él señales de machetazos cobardes; las auras tiñosas, con los vientres repletos, emprendían su pesado vuelo hacia el cielo azul !



ANA BETANCOURT de MORA



ANA B, (VIUDA DE MORA)

ANA BETANCOURT DE MORA

IGNACIO MORA no ha muerto. Vive en el corazón de su amiga del alma, de Anita, quien perpeúta las virtudes y patriotismo, el nombre del héroe ilustre. Para ella no ha dejado de existir aquel hombre cuyo supremo mérito estuvo en posponer la ambición vanidosa ante el deber sagrado, para ella el deber no se ha cumplido aún, la idea de independencia no ha fenecido, ni el decoro, ni la grandeza, ni la fé.

¡Cuán fúlgida es la historia de esta mujer que maravilla por el tesón del convencimiento, la serenidad de la justicia, el valor del sacrificio! Prueba es de que no solamente se pelea en el combate por la patria ni son los hombres los únicos que por la patria batallan; Ana Betancourt de Mora coadyuvó en su tie-

rra á la guerra y en los lustros penosos y nostálgicos de su emigración y viudez, se podría sintentizar los padecimientos de la cubana lejos de su suelo natal, desamparada, pobre, abnegada, virtuosa, consecuente, sublime. ¿Habrá privación desconocida para esta camagüeyana ejemplar, dolor que no haya experimentado?

Desde que la suerte la separó de su Ignacio, odisea en verdad, ha sido su vida: ha visto de cerca el hambre; en el invierno crudo apenas han cubierto sus carnes, raidos y desechados trajes; ha palpado la miseria; ha contemplado el cielo de Cuba cubrirse de nubes y desaparecer la estrella salvadora, pero ella es hoy lo que era hace veintinco años: revolucionaria. Sí, lo mismo que el 9 de julio de 1871 cuando cayó prisionera, cuando la condujeron á Puerto Príncipe. ¡Quién pudiera pintar la marcha desde el campo hasta la ciudad! La alegría al reunirse con otras amigas que habían sido capturadas; los atropellos que se cometieron á su alrededor, los insultos, la mofa de que fué objeto; la soldadesca soez que desahogaba su odio, encarándosele y proclamándola á gritos: ¡Madame Marat!; los burlones é irrespetuosos comentarios de los oficiales que al hablar de ella la apellida-

ban la Madame Roland mambisa. Muy hondas impresiones debe haber dejado aquel viaje por fincas desiertas, por los caminos solitarios, donde poco tiempo antes iban en quitrines airosos en giras alegres, custodiadas ahora por bayonetas y fusiles, que se gozaban al divisar en el horizonte las casas de viviendas derruidas, ó los escombros carbonizados de lo que había sido espléndido batey, pero ninguna escena puede haber dejado huellas tan imborrables como la del alumbramiento, durante la jornada, de la cubana entera á quien forzaron á andar leguas y leguas á pié; á quien maltrataron de palabra y de obra y que agonizó, sin consuelo alguno, á manos del inepto é inhumano médico, en la intemperie, en la tortura del pudor ultrajado, sirviendo como de espectáculo á las hordas que olvidaban que tenían acaso, esposas é hijas, y que en su seno los había llevado una madre! Las prisioneras podian con plena justicia, al entrar en el Camagüey querido, sentirse superiores á los hombres —por fortuna pocos—que tímidos, cansados ya, ó nunca capaces de abnegación, permanecían en la fortaleza española, en el centro de operaciones del enemigo, en aquel Puerto Príncipe espectro de su antigua prosperidad y opulencia.

De ahí fue enviada á la Habana de donde la desterraron á México. Consiguió embarcarse para New York con los escasos medios que le reunieron algunas generosas compatriotas. En esta metrópoli, convaleciendo aún del tifus que padeció en el campamento Jobabo, salia al alborear para ganarse el sustento en el taller del israelita avaro, y era entrada la noche cuando regresaba á la casa amiga donde había encontrado asilo. Eso hizo Anita en el invierno en New York, encallecer los dedos delicados, consumir la poca salud que le quedaba, eso hicieron las cubanas: bregar sin tregua, nunca deshonrarse. Ahuyentada por el frio, en busca de clima más propicio, fue Anita á Kingston, Jamaica, donde por cinco años dirigió la Escuela Evangélica cubana y de niños sostenida por el gobierno inglés y la congregación evangélica, hasta que se suspendió este plantel por no llenar el número suficiente de educandas; sin desmayar por este descalabro y atenta solo al modo digno de sostenerse, emprendió viaje á la República del Salvador, aceptando las proposiciones ventajosas que le hiciera ese gobierno para plantear un colegio para señoritas. Su tenacidad, sus talentos, su magnetismo, su poder de orden y mando, la sirvieron con éxito merecido en

la que hizo una institución modelo, donde se nutria la mente y se elevaba el alma. Entonces ganó su grado de profesora é inspiró estas frases á su Ignacio, con quien se correspondia constantemente: "Te doy la enhorabuena por el glorioso título de maestra de escuela que has alcanzado. ¡ Bien mi Anita ! ¡ Muy bien ! ; principias á recoger el fruto de tu bella inteligencia.

Al leer tu carta, dos lágrimas mojaron mis tostadas mejillas, ¡ dos lágrimas ! que no corrieron cuando supe el horrible asesinato de mis pobres hermanas, y que no se asoman ante las terribles escenas que veo diariamente ! ¡ Dos lágrimas ! ¡ Aún hay sensibilidad en mi corazón; aún puedo ser hombre con ternura ! ¡ Qué feliz he sido con esas dos lágrimas ! "

En la fraternal tíerra del Izalco no pudo permanecer; los temblores de tierra la llenaban de espanto; abandonó la fortuna que le brindaba el pueblo salvadoreño y retornó á Kingston donde se dedicó á hacer flores, á coser y á dar clases de español y de francés. En el 75 supo la lamentada muerte de Ignacio; cuando la desgracia la llevó á Cuba después del Zanjón, después de diez años de destierro, sufrió doblemente: era viuda y ya no había un palmo de terreno

libre en la patria. Hoy forzada por las circunstancias vive en Madrid; hé aquí como lo pinta Emilio Bobadilla, el autor original y distinguido que honra su generación, en una correspondencia publicada ha poco :

« En este pueblo de la montaña, pintoresco y luminoso, he tenido el honor de conocer á la Señora Doña Ana Betancourt, viuda del mártir de la revolución cubana, Ignacio Mora. Es una señora alta, de ojos negros y expresivos que miran al través de los cristales de las gafas con altiva nobleza, reveladora de un espíritu fuerte y resignado; su cabeza cana como la cumbre de los volcanes apagados, presta á su fisonomía un aire solemne y magestuoso de emperatriz sexagenaria; su voz tiene un timbre severo y dulce á la vez que no se altera ni aun al referir las angustiosas vicisitudes de su vida de patriótica peregrinación. Conocidas son de todos los cubanos las heroicidades de esta dígna señora en cuyo corazón no se ha apagado el amor de la patria, á pesar de lo mucho que ha sufrido por ella; Doña Ana Betancourt es una mujer de inteligencia clarísima varia y escogida cultura y voluntad inquebrantable. Conserva en su poder el *Diario intimo* de su esposo, que es

un documento inestimable para el conocimiento de la vida revolucionaria de Cuba. Su conversación es amenísima, natural y brillante, sin pizca de pedantería. No tiene las marejadas de la *impresionabilidad;* tiene las ondulaciones apacibles de un mar en calma, pero en cuyo fondo han rugido tempestades tremendas. Es un gran espíritu de hombre encarcelado en un cuerpo de mujer; y es una señora amable, simpática y bondadosa, digna del amor de los cubanos y de ejemplo de patriotismo á esta generación escéptica y *efectista.* »

En su corazón no se ha apagado el amor de la patria dice con exactitud el elegante escritor ; ella consagra sus pensamientos á la causa santa, y ella la sirve en la medida de sus fuerzas; sus cartas son catilinarias contra el descreimiento, contra la desunión, contra el egoismo. Cuando habla de su Ignacio no es para deplorar su muerte ni para renegar de la revolución: « la cubana » dice en el aniversario del Chorrillo, « la patriota está orgullosa del héroe, » y añade con ternura femenina, « pero la esposa llora á su compañero; » cuando escribe de su patria, se enciende el párrafo, relampaguea la frase, fustiga y condena: «En presencia de los males que Cuba sufre;

ante la invasión de un positivismo feroz que mata todo sentimiento noble y toda aspiración recta, los ánimos desfallecen. El egoismo impera, desaparece la fé, con tanta mayor facilidad cuanto mas grandes son las flaquezas de aquella población. El yó interpuesto al bien común, el interés personal rigiendo los actos colectivos y dando la norma de conducta hace que cada uno trate solamente de defender sus propios intereses, no ocupándose absolutamente del interés general.

Nadie eleva una mirada al pasado en donde brillaron aquellos hombres del 68, ni se detiene á contemplar los horizontes que ocultan entre brumas pasageras, las rosadas tintes precursoras de la luz que ha de iluminar y fortalecer los espíritus. Por el contrario, hay muchas y muy ilustres personalidades que si vuelven la vista al pasado es para aterrorizarse con los desastres que ocurrieron, y no comprenden que es denigrante vivir como se vive allá; que su desaliento y falta de fé, es el desaliento de la impotencia, y la impotencia es síntoma de esclavitud, de degradación, y muerte. Si no fuera por ese estado de atonía, la revolución que llama á las puertas de Cuba sería recibida como se recibe á un amigo á quien se espera.

Precisa que sacudan ese letargo, precisa despertar en el pueblo cubano la fé perdida y nada tan eficaz para conseguirlo como la predicación y el ejemplo.

Desgraciadamente cuando todo aconseja la unión nos combatimos; cuando todo aconseja la armonía y la inteligencia nos separamos con nuestras pequeñeces, y en nuestra soberbia pensamos más en nosotros y menos en la patria que se arruina y muere. Da pena ver como algunos que se titulan enemigos de España y cubanos separatistas hacen la guerra á quienes en el extranjero sostienen enhiesta la bandera de la revolución que ha de regenerar la patria cubaua implantando en ella la república que en hora tan menguada nos arrebató el Zanjón. Yo los considero como aliados del Gobierno por el daño que á sabiendas nos están ocasionando.

¿Cómo debemos hacer la revolución? Uniéndonos todos en un solo haz. Sin recriminaciones para nadie; otra cosa es perder el tiempo, agriar los ánimos.

Sufrir todo lo posible; callar todo lo posible; ir derecho al asunto; concentrar y atraer todas las fuerzas revolucionarias bajo una dirección acertada. Tal es la política que se impone, tal es la labor de los buenos.»

De esta política nueva y de su labor cordial, es Ana Betancourt de Mora, el verbo de la cubana en Guáimaro, propagandista y adalid.

¿Y qué se puede decir de la noble dama que no lo haya expuesto de relieve su vida con la mejor de las elocuencias: la de los hechos? En una palabra, con todo lo que ella significa: belleza, inteligencia, virtud y patriotismo, pudiera resumirse su existencia: ¡Cubana!

Y un solo mensaje podría consolarla y hacerla feliz antes de su muerte: La Patria es libre.



RESUMEN

IV

V

VI

VII

VIII

IX

LISTA DE GRABADOS

